

PABLO DE OLAVIDE (1725-1803)

*MARCELO O LOS PELIGROS DE LA CORTE*

PROLOGO

*Harto bien conocidos son los peligros de las grandes poblaciones, en cuyo inmenso charco se guarecen toda clase de malvados. El hombre mas virtuoso y prudente no puede evitar los lazos que el vicio le tiende en este mar lleno de escollos: y feliz el que escapa de ellos sin mas pérdida que la de su dinero. En ese desorden y confusión es solo donde pueden ocultarse los hombres perversos y las mujeres intrigantes, cuya conducta seria descubierta en la sencillez de los campos, donde les serian además inútiles sus artes y maquinaciones. En ese movimiento continuo hormigean los parásitos, los jugadores, los tramposos, los rateros, las disolutas, las terceras y toda clase de canalla bajo la apariencia dulce y atractiva de una política cortesana: y toda esta peste asalta al recién llegado, como los insectos se apoderan de un cadáver.*

*El autor da en esta preciosa novela uno de los ejemplos comunísimos de esta triste verdad. ¡Ojalá su lectura pueda servir de escarmiento y de lección á los apasionados del brillante atractivo de las grandes poblaciones! ¡Ojalá pueda ser un aviso saludable á los que el destino obliga á vivir en ellas! Tal es el fin de esta obrita.*

-----

Don Marcelo de la Vega era un caballero distinguido, que habia heredado de sus padres un rico mayorazgo, y vivia noblemente en la ciudad de su nacimiento. Estaba casado con Doña Martina de Cerbera, hija de los condes del Castillo, la amaba mucho, y ella le hacia muy feliz. Ambos habian recibido una escelente educación, y siendo de un natural dulce y juicioso, vivian con mucha paz en la mas apacible union. Dos hijos que tenian la fomentaban y entretenian, y su crianza los ocupaba. Eran estimados de toda la ciudad, pasaban por ejemplos de virtud, y parecia que no era posible añadir nada á su felicidad.

Marcelo, aunque ya padre y esposo, conservaba todavia el candor y la pureza de la edad inocente. El cielo le habia dotado de un gusto invariable para todo lo que es sólido, verdadero y honesto; y la costumbre y la educación le habian enseñado á cumplir todas sus obligaciones con exactitud, á contener sus deseos, y moderar sus placeres. Su espíritu naturalmente justo y su corazon generoso y sensible le hacian practicar continuamente virtudes de todas especies. Distribuia con mano liberal y secreta una parte de sus rentas en buenas obras. Como por otra parte habia adquirido muchos conocimientos útiles, y los cultivaba continuamente, esto le daba ocupaciones agradables; pero la compañía de una esposa tan virtuosa y entendida como amable completaba su dicha.

Este matrimonio gozaba de toda la felicidad permitida al hombre en la tierra; pero por una especie de fatalidad un día se habló en su casa de las fiestas reales, que se disponían en Madrid. Uno de los concurrentes ponderó mucho lo que se preparaba para ellas, añadió que él estaba en ánimo de ir á verlas, y preguntó á Marcelo, si él iría. Este respondió, que no había pensado en ello; pero la ilusión que produce la corte desde lejos, y los ensanches á que siempre se inclina la opulencia, le despertaron el deseo. El mismo personaje contribuyó mucho a reforzarle, diciéndole, que un hombre tan rico como él no debía negarse este placer, y sobre todo, que debía ir una vez á tomar idea de la corte, en donde únicamente se puede encontrar lo que puede satisfacer el gusto: que Madrid era un teatro vasto donde se renuevan con frecuencia las decoraciones y donde se varían las escenas: que su grande movimiento divertía la vida, hacía pasar con dulzura, y sin sentir el tiempo: en fin, que él solo podía contentar espíritus grandes, para quienes son estrechos los límites de una ciudad.

Alguno dijo, que valían más el reposo y la paz; pero él replicó, que esta era también su ventaja, pues á pesar de su inmenso torbellino, era fácil, si se quería, vivir á solas, ó no vivir más que con pocas gentes, y bien escogidas: que en una corte tan populosa había para todos los gustos: que el que ama los placeres continuos de comedias, paseos y fiestas, solo allí se los podía procurar sin fatiga, y á poca costa: que el que se sentía con inclinación á las letras y las artes, allí solamente puede encontrarlas reunidas, porque allí solamente estaban los grandes talentos, los ingenios fecundos, y los espíritus de mayores luces: que en fin Madrid era el paraíso de la España.

Un anciano que estaba allí dijo friamente: yo he estado muchas veces en Madrid, y lo que he visto es muchos cortesanos frívolos y corrompidos, que se burlan grandemente de los provincianos bisonños, que los van á admirar. Confieso que en todos los grandes pueblos, donde hay más hombres y caudales, el exterior debe ser más lucido, la instrucción más estendida, y el estilo más culto: que deben conocerse mejor las leyes de los usos, y los caprichos de las modas: en fin, que los que allí viven, deben saber mejor lo que se llama ciencia del mundo, que no un pequeño número de ciudadanos, que no sale de su rincón, y vive encerrado en la corta esfera de una ciudad sin pensar más que en su familia, y en los afanes de una fortuna moderada, que apenas le puede dar una subsistencia suficiente.

Pero la experiencia me ha enseñado, que el que vive así tiene otras recompensas, y quizás mayores. Las frívolas y aparentes ventajas de las cortes tienen inconvenientes más graves, y que deben inspirar temor. Esas luchas de la ambición, esas vanas ostentaciones de la riqueza, esas fiestas, diversiones y placeres no constituyen al hombre verdadero, ni á la criatura racional y estimable, y traen consigo mil peligros, que la embelesan y degradan. El deseo de agradar, y parecerse á los que se distinguen, quita á cada uno su fisonomía personal, y obliga á todos a vivir con una máscara en la cara. La virtud más probada puede disminuirse ó alterarse, comunicando demasiado con el vicio. No es fácil precaverse y eximirse de la corrupción moral de esta epidemia, que infecta los pueblos populosos y sobre todo al que es capital del imperio. En cuanto á mí, yo no creo que la especie humana gane nada en acercarse mucho. Sin duda que cuando sea muy numerosa, aumentará los gustos de la vida, multiplicará sus conocimientos, y aumentará sus falsos placeres; pero ¿cómo? á costa de la verdad y la virtud. Las almas pierden su energía, sus

sensaciones entorpecidas son menos vivas, el amor de la honestidad se debilita, las necesidades se multiplican, y los corazones inocentes y puros se corrompen. Yo tengo para mí, que el que puede vivir cómodamente en su país, hará muy bien en no moverse.

Estando en estos entraron otras visitas, y se mudó de discurso; pero va el golpe dado por el primero de los que hablaron, había hecho grande impresión en el corazón de Marcelo. Desde aquel instante se levantó un deseo de ir á Madrid. Muchos días estuvo perplejo, y sin decidirse; pero habiendo sido vencido por su imaginación, y por el anhelo de contentar su curiosidad, fué á proponer su pensamiento á Martina. Esta que no amaba más que las ocupaciones de su estado, y que no pensaba sino en la crianza de sus hijos, procuró disuadirle, diciéndole, que pues eran tan felices en su país, y que tenían bastante con que divertirse en su propia casa, qué necesidad tenían de ir á buscar ni placeres, ni aventuras. Pero Martina, la decía Marcelo, nosotros somos jóvenes, ya tenemos dos hijos, y el cielo nos ha dado bienes de sobra, ¿qué mal harémos en divertirnos un poco en ver estas fiestas, y conocer á Madrid?

¿Pero no has oído el otro día á aquel anciano tan sensato, que nos decía el riesgo de corromperse en esos grandes mundos? Eso es bueno para los jóvenes inespertos, la decía Marcelo, para los que no están radicados en los principios de virtud; pero tú y yo hemos pasado la edad de las ilusiones, tenemos hijos: yo tengo la ventaja de tener por esposa la mujer que adoro: no hay hermosura en la tierra que pueda robarte la menor de mis aficiones: ¿qué riesgo pues puedes temer? -No temo ninguno; pero pues estamos tan bien, me parece inútil y ridículo dejar lo cierto por lo que no es seguro. ¿Qué pueden añadir á tu felicidad las fiestas que pasan, y un Madrid en que no has de vivir? -Pero quedan recuerdos, se hacen amigos, y en fin, en Madrid, como en todas partes, se puede vivir, como vivimos aquí; esto es, con moderación, y divirtiéndose<sup>(6)</sup> con el cuidado de no abandonarse á la disipación, ni al remordimiento.

Pero ¿de dónde te viene ahora esta idea? ¿Porqué este nuevo deseo de estender tus gustos y placeres? ¿No tienes bastante con tu casa, con el cuidado de tu hacienda, con tus dependientes y criados, con tus hijos y tu mujer? Me parece que si tú amaras bien todo esto, no pensarías en dejarlo por buscar fiestas, y gentes nuevas. Mira, como yo no amo otra cosa que á mis hijos y á tí, nada de eso me hace falta. Y aquí, en Madrid y en un desierto, no habrá más fiesta para mí que tú y mis hijos; pero pues te ha venido esta fantasía, y que si no la satisfaces, podrás tener disgusto, yo no quiero oponerme á ella. Anda enbuena hora, y yo te esperaré, criándote tus hijos: te confieso; que tu ausencia me causará mucha pena. Dejar de verte es la única cosa que me puede afligir, y en Madrid puede haber muchos enemigos de mi corazón. Yo no tengo otro mérito que el de amarte, y si fueras á olvidarme, si otra... ¡Ay, Marcelo! no olvides estas dos inocentes criaturas que te deben la vida. -Martina adorada, ¿tú puedes ni siquiera imaginarlo? Querida amiga, ¿tú puedes temer que el amor con que te idolatro...? ¡Ay! es muy vivo, muy puro, invariable y eterno, pues está fundado sobre la estimación, la confianza, y el conocimiento de tus virtudes, y si yo quiero ir á la corte, es porque espero que tú vengas, que te diviertas, y que no nos separemos un minuto. En fin, después de muchos discursos y debates, la dócil y obediente Martina, no queriendo oponerse á un deseo, que parecía

tan decidido, se sometió á lo que veia ser gusto de su esposo, y partió para Madrid con él y sus hijos.

Marcelo llevaba cartas de recomendacion para diversos personajes de la corte, que le recibieron muy bien; pero el que gustó mas que todos, fué un cierto Marques de Dombal, porque le pareció muy amable, muy oficioso, y con todas las calidades que podian hacer un buen amigo. En efecto, tenia la mas bella presencia, y mostraba un espíritu fino y delicado: parecia como de treinta y cinco años: siempre habia vivido en la corte y el gran mundo, y habia adquirido todas las gracias: se veia en él un aire de nobleza, que imponia respeto, y forzaba á la consideracion: todas las palabras que salian de sus labios, llevaban consigo una fuerza, y un atractivo que ganaba los corazones; en fin, todo lo que rodeaba su persona, tenia una especie de prestigio, que hechizaba las voluntades, y decidia en su favor.

Pero este hombre, que tenia un exterior tan amable, escondia el corazon mas corrompido. Su único objeto era gozar, divertirse, dominar; y de estas pasiones nacia todas las máximas, y las acciones de su vida. Ya habia disipado una inmensa fortuna en locos devaneos de su juventud, y entónces trataba de recoger una parte por todos los medios que podia. No conocia otro dios que el placer, y miraba como errores del vulgo las verdades mas respetables; pero su astucia ocultaba en su corazon este modo de pensar tan odioso, y solo se descubria con mucha precaucion á sus mas íntimos amigos. Su gran principio era el pensar, que el mundo es un teatro, en que cada cual hace su papel, y que el hombre hábil debe saber hacerlos todos, segun lo exijan las circunstancias, y sus intereses. En efecto, nadie sabia como él quitarse y ponerse todas las máscaras que le acomodaban.

Con este talento pernicioso tenia tambien el de ser un lisonjero muy insinuante y solapado. Apénas entraba en una concurrencia, cuando se ponía á observar la parte flaca, ó la opinion dominante de los que la componian, y con grande habilidad para distinguirla tenia la de saber aprovecharla. Marcelo le pareció un hallazgo, una mina de oro, que le podia ser muy útil. Desde luego era rico; pero á pesar de su opulencia era caballero de provincia, y estaba lleno de las ideas vulgares. Todavía era honrado y honesto, tenia lo que se llama buenas costumbres, deseo y amor á la virtud. Era pues preciso empezar por corromperle y seducirle con el atractivo del placer, porque una vez que se cae en este lazo, no se reflexiona mas. Es verdad que esta empresa parecia difícil, porque por un lado Marcelo no era un jóven inesperto y novicio. Ya habia pasado la fuga de la edad mas peligrosa, y estaba acostumbrado á una conducta arreglada, y por otra venia acompañado de una muger tan linda que era difícil hallarla en Madrid competidora; pero á pesar de todo, Marcelo era ardiente, petulante, y muy sensible á todo lo que le agradaba: seguía con ardor todos sus gustos: su corazon era noble, crédulo y confiado; en una palabra, muy fácil de engañar. Un carácter de este temple, cuando se desvía de la virtud, se precipita mas profundamente. Sobre estos fundamentos, y con la esperanza de sacarle dinero, y gozar de sus placeres, aquel hombre abominable empezó á poner en planta el proyecto de su iniquidad.

Desde luego se dedicó á acompañarle y divertirlo. Su objeto era hacerle conocer que le era tan necesario, que no podría vivir sin él. Al principio echó los ojos sobre Martina: su primera idea fué tambien seducirla, y hacerse dueño de la casa; pero á poco tiempo conoció que seria tiempo perdido, y que aventuraba su confianza, y la de su marido. Con este desengaño su corazon empedernido, que no se dejaba dominar por la vanidad ni por el gusto, y que todo lo calculaba por su interes, se retiró prontamente, y ántes de que Martina conociese nada. Por el contrario habiendo reconocido su virtud y su solidez, no la hablaba mas que del honor, ni alababa sino á las que tenian reputacion de virtuosas, de manera que Martina se avergonzaba de haber podido sospechar de él alguna vez, le trataba con estimacion y confianza, dando gracias á Dios de que hubiese dado á su marido un amigo tan respetable. El impostor tragaba modestamente el incienso, y se reia en secreto de la credulidad de Martina.

Con su marido hacia otro papel. Marcelo imbuido de sus falsos estudios, y de algunos malos libros, habia tomado cierto gusto por las disputas metafísicas, que son tan fáciles, y que no son más que el abuso del raciocinio, pues en vez de añadir órden y claridad, embrollan mas las ideas, y cuya resulta es, que no siendo posible entenderse, se cae en la oscuridad y el pirronismo. El Marques habia conocido este flaco de Marcelo, y le entretenia con discursos de esta especie, que le iban pervirtiendo. Un dia hablaba con él del placer, y le dijo: el placer, amigo mio, es el único móvil, y el alma universal de todo lo que existe. Echad la vista sobre esta inmensa cantidad de criaturas que viven, se animan y nos circundan. ¿Qué es lo que las agita, las atrae, y las junta? El placer. Es verdad que en el mundo nadie lo dice, que todos se ponen una máscara, que se llama decencia; pero con este salvo conducto cada cual lo busca, y con aire de cumplir lo que el mundo exige, todos satisfacen en secreto lo que le piden los sentidos. Esta es la marcha general á la reserva de pocos fanáticos ó estóolidos.

Marcelo se azoró oyendo una doctrina tan horrible; pero contenido por la superioridad del Marques, apenas se atrevió á decirle: ¿pues qué la imaginacion, el corazon y la virtud misma no tienen sus placeres, y acaso mas finos y agradables? En cuanto á mí confieso que cuando puedo socorrer á un infeliz, cuando acaba el dia sin que tenga que baldonarme nada, cuando cumplo con honor mi palabra, cuando veo á mi esposa segura de mi fidelidad, cuando no doy ningun mal ejemplo en mi familia, y que con mi aplicación consigo establecer el órden, y hacerla feliz, siento, digo, que tambien yo lo soy; esto me causa un placer verdadero, y me da mas gusto que ningun otro que se pudiera imaginar. Si te examinaras bien, dijo el Marques, vieras que todo eso no es mas que orgullo y vanidad, que en nada de eso tienen los sentidos parte alguna, y que los sentidos son los únicos intérpretes, los fieles ministros de la naturaleza.

Por ejemplo, ¿qué comparacion puede haber entre hacer una nueva conquista, y triunfar de la resistencia de una hermosura que nos gusta, y entre todos esos insulsos placeres que me citas? Marcelo, yo conozco los hombres y las cosas, y no es fácil engañarme. Por mas amable que sea tu Martina, es preciso que ya haya perdido para tí el atractivo de la novedad, y esto es haber perdido mucho. Si no, confiésalo de buena fe. Tu muger no puede inspirarte ahora la misma deliciosa embriaguez, el mismo impaciente ardor, que tú sentíste los primeros dias. Mis deseos han podido perder parte de su vivacidad, respondió

Marcelo, pero otra dicha mas dulce y mas durable les ha sucedido, y yo la estimo mas. Ahora miro á mi muger no solo como una persona destinada á estos placeres de que hablas, y que me quita los deseos de otros, sino como la mas tierna, y la mas querida amiga: como una criatura preciosa, que me ha estendido la existencia en dos hijos, cuyas figuras nos repiten las nuestras, y cuyas virtudes serán tambien las suyas.

Todas esas son ideas morales de que suelen ocuparse los que no conocen el mundo, y que no pueden hacer comparaciones. Pero ¿qué diferencia de esos frios y alambicados sentimientos á los vivos y variados placeres...? Yo me detengo aquí, aunque el Marqués no se detuvo, ni tuvo rubor de explicar á Marcelo, con pretesto de la confianza, y con la capa de la filosofía, las máximas detestables, que mi pluma no se atreve á referir.

Su designio era acostumbrarle poco á poco á estas conversaciones perniciosas, y familiarizarle con los principios pervertidos, para prepararle al golpe de teatro que le prevenia. El Marques tenia una amiga, que despues de haber servido de objeto á su corrupcion, era entónces por su rara hermosura, por sus muchas gracias y su inaudita astucia, el instrumento de que se valia para reparar por su medio todos los ménoscabos, que le habian causado sus desórdenes: era el móvil con que lograba todas sus astucias. Esta muger extraordinaria no tenia mas que veinte años, pasaba por viuda, y debió á la naturaleza todos los medios de seduccion, que el trato de las gentes habia perfeccionado. Lo mas peligroso en ella era, que tenía el arte de esconderlos: que sabia afectar un aire de sencillez, un tono de candor y de ingenuidad, que engañaba á los mas diestros. Cuando queria, sus dos ojos negros y grandes, acostumbrados á todo el arte con que el amor inflama los corazones, eran dos hechizos á que no se podia resistir. Su tez era tan limpia como blanca, y fuera de otros muchos encantos, sabia dar á sus palabras un halago tan dulce, un interes tan vivo, que no era fácil desprenderse de ella, cuando determinaba apoderarse de un corazon.

El Marques concibió, que una muger de esta especie debia ser un escollo muy peligroso para el ardiente, inesperto y cándido corazon de Marcelo; porque la artificiosa Cipriana, como una sirena seductora, sabia dar á las espresiones mas indiferentes todo el interes y el atractivo del amor: sabia afectar una sensibilidad exquisita, una delicadeza tierna, y al mismo tiempo una ingenuidad, un candor y una tan noble sencillez, que parecia que un niño la podia engañar, y no dudó que el alma nueva, sensible y crédula de Marcelo no se enredase entre redes que le serian tan bien tendidas. Despues de haberla instruido de su proyecto, despues de haberla explicado el carácter fácil, y las demas circunstancias del recién venido, y de haberse concertado con ella sobre lo que debian hacer, el Marques empezó á poner en planta su designio. Una tarde de verano se salió á pasear con Marcelo á las orillas del Manzanáres. Con pretesto de hacer ejercicio, dejando el coche, echáron pie á tierra, y gobernando el Marques la accion, dirigieron los pasos hacia los parages mas solitarios; pero todo esto tenia su designio particular.

Desde luego la soledad prepara mejor el alma á que reciba impresiones profundas. Por otra parte la hermosura nunca es mas activa que cuando se deja ver con simples adornos en medio de los hechizos de la naturaleza. El bosque ameno en que vaga, la dulce sombra que la cubre, y el campo solitario en que no se distrae la atencion que inspira, añaden

mucho interes á la curiosidad, y la permiten que se satisfaga por entero. A la vuelta de una pequeña eminencia que les escondia los objetos, repara Marcelo en una dama elegante que estaba sola, y parecia embebida en la lectura: se sorprende á la vista de un espectáculo tan amable como poco comun, y se lo hace reparar al Marques, que tenia la vista en otra parte.

En efecto Cipriana (porque era ella) esperaba allí su presa en la aptitud mas estudiada. Vestida con todas las gracias que podian relevar su hermosura, estaba como recostada sobre un verde tapiz de yerba, que esmaltaba vistosas flores. Parecia Flora en medio de su imperio, ó la Diosa de Citera cuando esperaba á Adónis. Su pelo negro y desordenado en encrespados rizos emulaba los derechos de la naturaleza, que sabe seducir sin pretension, y adquirir nuevas gracias con su mismo descuido; tenia en las manos un libro, corrian sobre él algunas lágrimas, y estaba tan empapada en su lectura, que no se apercibió de los que la admiraban.

Pero el Marques, advertido por Marcelo, echa la vista sobre ella, y despues de haberla considerado, le dijo: ¡Ah! esta es una señora viuda de mucha distinción, muy estimado por su hermosura y sus grandes talentos. Yo la conozco poco, porque no gusta de visitas. Toda la corte desea ir á verla; pero despues de su viudez no quiere recibir á nadie y vive casi en la soledad. Pasa por una persona tan cumplida como virtuosa y viendose tan jóven, por el cuidado de su reputacion, se ha condenado á tanto sacrificio. No ostante, la conozco bastante para poder acercarme á saludarla; si quieres, nos podemos llegar. Marcelo, que no deseaba otra cosa, se lo suplicó, y el Marques llegándose hacia ella, la saluda. A las primeras palabras levanta la cabeza, y con este movimiento les deja ver todo el espectáculo de su hermosura peregrina. El pobre Marcelo ve pasar por delante de sus ojos un rayo de luz mas rápido que un relámpago, y que busca el camino de su corazon.

El Marques la dice: esa lectura debe ser, señora, muy interesante, pues merece que la honreis con vuestras lágrimas. Si señor, le responde ella con un tono de voz dulce y enternecido, que añadia mucho prestigio á la aventura del encuentro. Yo leia los combates de un corazon enamorado, que luchaba contra su inclinacion en favor de la virtud, y las que tenemos una alma tierna y sensible sabemos cuán doloroso es resistir á los halagos del gusto, y sofocar las inclinaciones del propio corazon. Diciendo esto, se pone en pie con un movimiento ligero, y manifiesta con esta accion la flexibilidad de un talle no ménos elegante y gracioso que fino y delicado. Se prosigue la conversacion, y la astuta Cipriana desenvolvió en ella todas las sales y gracias de un espíritu ligero y chistoso con que las mugeres piensan que se dan otro nuevo atractivo. No eran mas que las frases triviales y frivolas que las que tienen pretension al talento saben y repiten continuamente; pero el buen Marcelo, que no habia oido en su vida un estilo á su parecer tan brillante y gracioso, y que creia fruto de mucho ingenio y grande instruccion, bebia sin sentirlo un halago seductor que le hechizaba por instantes. El Marques no perdia ninguno de sus movimientos.

Lo que Marcelo pudo saber de Doña Cipriana por aquella conversacion fué que era viuda de un militar, que la habia dejado con poca fortuna: que se habia casado con él por amor, habiéndole sacrificado muchos pretendientes, y sobre todo uno que era muy rico, y estaba

bien colocado en la corte; pero que el cielo por su desgracia la habia hecho nacer con una sensibilidad tan esquisita, que era siempre víctima de su corazon: que su marido, aunque pobre, le habia gustado mas que los otros y que ella le habia preferido á todas las grandezas y riquezas: que esta era la causa de sus desgracias, porque ella no conocia ni estimaba otra cosa en el mundo, que satisfacer sus inclinaciones, ni veia otra felicidad que la union de dos corazones, cuando la simpatía produce en ellos la conformidad de sentimientos: que á pesar de la mediocridad de su fortuna no sentia haber perdido tan ricos establecimientos como pudo tener, porque la hubiera bastado vivir con el objeto que habia preferido; pero que la muerte la habia privado del único hombre, que era capaz de recompensarla de tantos sacrificios.

Que habia llorado mucho su pérdida, y que se habia determinado á no amar más á persona ninguna por no esponerse á igual peligro. Es verdad que ella sabia bien que una alma tan tierna y sensible como la suya no podia ser feliz sin amar; pero ¿dónde, ó cómo podria encontrar un corazon digno del suyo? Un corazon que supiese sentir, reconocer y estimar la delicadeza, el desinteres, y la constancia con que ella sabia amar? Hasta allí no habia conocido ninguno que mereciese que ella pusiese en él los ojos, y que no le queria buscar: que ella no amaba mas que por el gusto de amar: que así no queria mas que el amor, y que un hombre sin fortuna, y en un desierto que la supiese amar, valdria para ella mas que todos los reyes de la tierra: que sabia que estas eran ideas platónicas, de que no sacaria mas que pesares, pero que nadie se hace á sí mismo, y que el cielo le habia dado este carácter.

Que viendo lo poco que los hombres saben amar, y que los amores del siglo eran tan viles ó tan falsos, y estában tan lejos de la delicadeza, del desinteres y ardor con que solo pueden ser dulces y felices, se habia en fin resuelto á renunciar á toda idea de amar, á no volver á casarse, ni vivir mas que para sí y que esta era la causa porque vivia tan retirada, sin querer tratar con un mundo que le causaba horror: que todo su deseo era sepultarse en la oscuridad de un convento, adonde ocultaria á sus ojos la vista de tanta falsedad como veia entre las gentes.

A esta proposicion de convento gritaron el Marques y Marcelo diciendo, que era una idea horrible querer sepultar tantos encantos: que ella era digna de adornar y mejorar al mundo, y que no faltaria algun corazon sensible y generoso que conociera el precio del suyo. La conversacion se estendió en estos y otros discursos de la misma especie, de tal manera, que la noche los sorprendió, y estaba ya muy oscuro cuando lo advirtiéron. Ella les pidió licencia para retirarse; ellos la propusieron conducirla á su casa; ella se escusa diciendo, que no estaba acostumbrada á recibir visitas; ellos porfian diciéndola, que eran amigos íntimos: que el uno era forastero, y el otro hombre sin ceremonia, y que tenia el honor de ser conocido de ella, y que así no podia haber inconveniente en que la sirviesen con su coche hasta dejarla en su casa.

Cipriana resistia siempre, y fué menester mucho combate para reducirla; pero al fin las repetidas instancias la vencieron, y se entró con ellos. Llegaron á su casa, y viéndose forzada a cumplimentarlos, les propuso si querian descansar un instante en lo que ella llamaba su retiro filosófico. El templo era digno de la deidad. No era grande; pero le



ennoblecian el gusto, el aseo, y una agradable simplicidad. Cipriana les hizo los cumplimientos de su casa con el aire las gracias, y la facilidad que enseñan los ejemplos de las gentes distinguidas, y que dan decencia y dignidad á todo lo que hacen; pero continuamente les pedia perdon de no poder recibir mejor á personas tan dignas, y se escusaba con su estado de viuda, con su poca fortuna, y su entera separacion de todo trato.

Este es, les decia, el solitario asilo en que gozo de mi misma, en que vivo para mí, y en que sepulto mi alma, que se halla muy mal cuando á su pesar las circunstancias la obligan a verse en el torbellino de las gentes. Mi sistema, señores, es que cada uno debe conocer su genio, su humor, y los impulsos de su corazon para arreglar por ellos su conducta. Yo he conocido que el mio es muy diferente de los que veo, y que no piensan mas que en divertirse y disiparse. Yo me conozco. Desde que amo no sé mas que amar, y fuera muy infeliz, si no me viera correspondida con el mismo ardor que soy capaz de sentir. Y pues es imposible encontrar un corazon del mismo temple que el mio, he tomado mi partido, que es vivir conmigo á solas. Aquí es donde vivo sin que nadie me inquiete, aquí donde paso mi vida en una melancolía agradable, aquí donde siento el placer de ser independiente, y aquí en fin donde me consuelo con la seguridad de no temer la ingratitude y la perfidia, y que puedo gobernar con mi razon y mi prudencia los impulsos naturales de mi muy peligroso corazon.

Nada es tan atractivo, ni que haga tanto efecto en el alma de un hombre poco experimentado en los artificios de las mugeres, como la idea de que una de ellas con un corazon sensible y delicado huya del mundo, y no quiera vivir mas que para el hombre que ama. Todas estas espresiones llenaban de entusiasmo y ardor al ardiente y crédulo Marcelo. Así la miró como una heroina sin compañera, y no concebía cómo en la corte los primeros señores no se la disputaban á porfia. La visita fue larga, y cuando los dos amigos se volvian, no hablaron de otra cosa que de este prodigio de discrecion, hermosura y virtud. El Marques volvió á decirle, que era una señora muy estimada: que todos buscarian su sociedad si ella no se negara tan obstinadamente á toda solicitud: que era una gran fortuna que ellos hubieran tenido una casualidad tan favorable; pero que pues habian sido tan felices, era menester aprovecharla, porque era muger única, y que tambien era menester ver cómo hacerla tomar amistad con su muger, que tendria gusto en tratar una señora de su especie, digna de ella, y capaz de entretenerla y divertirla.

Marcelo se tragó todo el anzuelo, y apenas llegó a su casa, cuando contó á su muger todo el suceso pasado. Las almas buenas y puras difícilmente son sospechosas y como Martina no pensaba mas que en dar gusto á su marido, le dijo, que estaba pronta á hacer lo que quisiera; pero este allanamiento no era mas que obediencia, y el Marques dispuso las cosas de modo que Marcelo iba todos los dias á ver á Cipriana, y que Martina la veía muchas veces. Aunque el corazon de la dulce Martina no le hablaba por ella, queria dar gusto á su esposo, y por entónces este motivo le bastaba; pero las mugeres tienen un talento particular para conocerse, y por mas que Cipriana se valia de todas las armas de su astucia para encubrirse, Martina no tardó en sentir que aquel carácter no la convenia. Por una especie de instinto su alma noble y generosa, sin poder esplicarse el motivo, se cerraba á todos los cariños lisonjeros que le hacia la artificiosa sirena.

Martina no amaba en el mundo mas que á su marido y sus hijos, ni se divertia con nada sino con ellos, todo lo demas era para ella insulso y extraño. No conocia otra bienaventuranza en la tierra que la de un matrimonio bien unido. La parecia que para una muger que ama la virtud, las obligaciones mas dificiles son delicias, que los gustos de su corazon son sus deberes, y que solo ellos deben interesar á una muger virtuosa. En efecto, ¿qué deleite puede compararse con la dulce embriaguez, que produce en el alma la satisfaccion de un amor que puede confesarse con decoro, y que obtiene la correspondencia, la confianza y la estimacion de lo que ama? Esta era la idea que Martina se habia formado de su amor, y hasta entónces su marido parecia haberlo visto con los mismos ojos; pero despues de algunos dias ya hacia mas frecuentes y mas largas ausencias de su casa, y cuando volvia á ella, no mostraba tanto gusto ni tanta satisfaccion como ántes. Esta diferencia era al principio tan ligera, tan imperceptible, que el mismo Marcelo no la sentia; pero no se escapaban á los ojos atentos de Martina.

Entretanto el Marques y Cipriana concertaban la ruina del infeliz Marcelo, y calculaban los momentos en que debia arrojarse en el precipicio. Sin duda que los malvados no saben ser amigos. Para serlo son menester virtudes; pero cuando la necesidad los junta, y pueden ayudarse, el interes es un resorte, que adquiere casi toda la fuerza de la amistad. El incauto Marcelo corria al precipicio, y sus pasos eran ya tan rápidos, que Martina no pudo dejar de apercibirlos. Un dia que estaba mas inquieta y apesadumbrada, le dijo: yo no sé, amigo mio, si me engaño, y empiezo por pedirte perdon; pero me parece que faltara á la franqueza del amor, si pudiera disimular lo que me inquieta. Mucho deseo engañarme: pero, Marcelo, me parece que estás mudado, que ya no me hablas con la antigua ternura, que cuando tus hijos vuelan á tus brazos, no los abrazas con el amor y alegría que ántes, y que alguna vez hasta sus caricias te importunan. No te puedo explicar la pena que esto me causa. Me figuro que ya es el principio de nuestra desgracia, porque nosotros no vivimos mas que para adorarte, y si fuera posible... Marcelo sorprendido con estas dulces quejas, y sintiendo el torcedor de la conciencia, se desata en llanto, la abraza y la interrumpe para decirla: ¿cómo puedes, mi única amiga, mi adorada esposa, desconfiar de tu marido? No, tu esposo es, y será siempre tu amante. Corre luego á sus hijos, estampa en ellos sus labios, y añade: ¿qué estos pedazos de mi corazon me importunen? No, jamas, jamas, y no solo son y serán mi única felicidad, sino que ellos bastarán para acordarme siempre lo que debo á su madre, que es la esposa de mi corazon. No temas de mí, Martina mia. Yo no sé lo que he podido hacer, que haya producido esas inquietudes; pero déjame examinar mi corazon. Yo escudriñaré hasta sus mas ocultos sentimientos, y si hallare alguno... Pero no; yo no puedo tener mas que los que debo á mi Martina y á mis hijos.

Marcelo se retira con el alma agitada, porque las dulces quejas de su esposa le habian hecho sentir que su conducta las merecia. Esta fué una luz funesta que le pasó por el alma, y que le descubrió verdades que le escondia su pasion; pero no se las mostró mas que á bulto, y quiso examinarlas mas despacio. Impaciente de verse solo se va á su gabinete, cierra la puerta, y se sienta junto á una mesa. Allí por la primera vez se agita para penetrar su corazon. Se pregunta á sí mismo con franqueza y severidad, y se horroriza de ver como poco á poco se ha dejado empeñar. Tiembla viéndose al borde de un abismo, y contemplando su espantosa profundidad, ¡que! se dice, ¿yo he podido

dejarle embelesar por los atractivos, ó por el mérito de una muger que no es la mia? ¿Yo me espongo á dejarla, tomando tanto imperio sobre mi corazon, y á que se debilite el amor que debo á mi muger y mis hijos? ¿Seria yo tan insensato, que haya dado entrada á una nueva pasion, hasta enamorarme de Cipriana? Esta idea le llena de inquietud, y no podia considerarla sin terror.

Pero su pasion ya muy formada queria seducirle, y le decia: ¡qué dices! ¿No es posible, cuando se encuentra una muger de un merito extraordinario, tener el gusto de verla, de oirla, de admirar las gracias de su espíritu, hacer justicia á sus talentos, estimarla, buscarla, y entregarse á la dulzura de su trato, sin faltar por eso á su deber? Este pensamiento le halaga, y quisiera detenerse en él; pero muy presto la conciencia con su luz pavorosa le muestra los peligros, y exclama: ¡ah, Marcelo! ¡vil Marcelo! ¿tú quieres engañarte? Pero ¿cómo puedes disimular que te has mudado; que ya no eres el mismo? Tiembla, huye de la inclinacion que te arrastra. Ya has perdido la calma de la virtud; miráte inquieto, perplejo, y buscando los medios de conciliarla con tu pasion. ¿Quieres una prueba mas clara de que ya empiezas á ser culpado?

No (esclama levantándose con ímpetu), no, no es prudente familiarizarse con el riesgo. Ya es preciso tomar un partido, y el mejor es huirlo. Aquí es necesario valor contra sí mismo. Pocos dias han bastado para hacerme casi prevaricar, otros podrán cegarme. Yo me resuelvo á huir de Cipriana, y de todo lo que pueda fomentar en mi corazon su memoria. El sacrificio es duro, y sin duda me costará mucho; pero es necesario para mi reposo y el de mi familia, necesario para mi virtud. Un hombre de bien no está mas dispensado que su muger de guardarle fidelidad. El honor y la religion le obligan con la misma fuerza. Yo he jurado á Martina un amor inviolable. ¿Y qué no es ella muy digna de este amor? ¿No es la madre de mis hijos? ¿Qué dirán ellos cuando crezcan, si saben que su padre ha sido un hombre frívolo, y que ha causado penas á la mejor de las mugeres? ¿Cómo podria yo presentarme á su vista? Voy á ver al Marques, y él me ayudará, porque es mi amigo.

Cuando Marcelo iba á salir, el Marques entra, y viéndole, con un aire agitado le dice: ¿qué tienes que parece estás inquieto? Sin duda que lo estoy, respondió Marcelo, y pues estamos solos, yo voy á derramar mi corazon en el seno de la amistad. ¡Dombal! ha dias que me confundo á mí mismo. Doña Cipriana. -Y bien, ¿qué tiene? ¿qué hay? -No hay nada; pero, amigo, es muy amable, demasiado amable, no hallo otro medio para conservar mi honor y mis obligaciones que no volver á verla. -¿Qué dices? -Que estoy resuelto á cortar toda relacion con tu amiga, y que voy á trabajar para olvidarla. Bien sé que me costará mucho; pero la religion, la felicidad de mi esposa, de mi familia, y la mia propia lo exigen absolutamente. Busca pues algun pretesto decente para que no vuelva á venir á mi casa, ni ver á mi muger, porque en cuanto á mí yo no volveré á la suya. - Escucha, Marcelo, y vamos con prudencia, porque estas especies de rupturas necesitan de grandes miramientos. El público las sabe con sorpresa; con esta ocasion dice lo que es, y lo que no es. Hombres como nosotros le debemos respeto, y no debemos conducirnos como pudieran dos rústicos aldeanos.

Si estás enteramente determinado á romper esta amistad, ve aquí lo que dos hombres de nuestra crianza y nacimiento pueden hacer. Lo primero es disminuir tus visitas poco á poco, y con mucho tiempo y destreza. Empezarémos porque vea poco á tu muger, y despues te irás tú retirando sucesivamente. Permíteme, amigo, que te diga, que es singular y ridículo no poder ver á una muger amable, sin enamorarse de ella como un loco, y que yo no hubiera debido esperar esto de un hombre de tu juicio. Pero dime, Doña Cipriana, ¿te ha dado á entender que le gustas, y que desea contraer contigo algun comercio de amor? -No; pero el mucho trato con una muger tan seductora puede hacer fácilmente que la amistad se transforme en los delirios del amor, y yo, amigo, jamas me perdonaria una flaqueza tan indigna. Yo amo á mi muger y mis hijos, y no quiero ni debo amar mas que á ellos. Ya ves que te hablo con franqueza, porque se que no abusarás de ella. Gobiername pues con tus consejos. Yo te obedeceré, pero sácame del laberinto en que me veo.

El Marques se alegró de ver que se dejaria gobernar por sus consejos, y lo que le dió gusto sobre todo fue conocer lo herido que estaba el corazon de Marcelo, pues aunque le veia batallar contra sí mismo, no dudó que con sus perfidas astucias, le pondria presto en estado de que le fuese imposible superar su pasion. El sencillo Marcelo se sometió á todas sus ideas, y adoptó sus disposiciones. La primera fué, que el Marques conseguiria con maña de Cipriana, que disminuyese sus visitas á la Marquesa, y salió diciendo, que iba á ver cómo podia persuadirla; pero fué á hacerla saber su victoria, los progresos que va habia hecho en el corazon del provinciano, y el sistema de resistencia que este se proponia. Despues de haberse burlado del inocente, convinieron en que ya era tiempo de combatirle, y poner en planta todas las baterías.

La viuda empezó á sentirse un poco indispueta, y no podia salir de casa; pero poco despues su mal iba aumentándose. No habia nada peligroso, pero eran vigiliias nocturnas, y un cierto mal estar continuo que no la dejaba sosegar. Este estado la inspiraba una cierta languidez, que aumentaba el poder de su hermosura; porque la daba un colorido de melancolía, que le añadía un nuevo grado de interes. Marcelo, persuadido por el Marques, creia que lo menos que podia hacer para cumplir con la humanidad, la compasion y los buenos procederés, era enviar á saber de ella, y hacerle de cuando en cuando algunas visitas. Así lo hacia, y aunque el estado de la viuda, su dulce melancolía; y la aliñada simplicidad con que le recibia eran suficientes estímulos para un corazon ya resentido: y aunque ella misma hubiera animado el lenguaje de sus ojos, y la melodia lastimosa de su voz, Marcelo precavido contra tantos peligros, eludia con sus esfuerzos los ataques de tantos enemigos.

Una noche que fué á verla solo, la encontró con la pluma en la mano. Cipriana al instante que le ve se turba, toma el papel que escribia en la mano, y le hace pedazos. La accion fué tan viva, y la turbacion tan visible, que Marcelo no pudo dejar de estrañarla. Ella como que se recobra de un movimiento indeliberado le dice: vos estrañareis mi atolondramiento, pero mas os sorprenderéis cuando sepais que sois vos á quien escribia este papel que acabo de romper. ¿A mí señora? dijo Marcelo. A vos mismo, respondió ella. En verdad que mi accion era un poco ligera, y puede ser tambien que os hubiera parecido ménos decente. Yo doy gracias á Dios de que os ha traído para interrumpirme, y

hacérmela reflexionar. Siempre es tiempo de corregirse, y ya habeis visto con qué prontitud me he corregido; pero en verdad que no me conozco. Yo me hallo tal, que ni siquiera sé lo que hago. ¡Ay, señor Don Marcelo! yo no soy digna mas que de lástima.

No bien dijo estas palabras, cuando se le escapan las lágrimas, que ella procuraba contener: Marcelo turbado y confuso, no sabiendo lo que todo aquello queria decir, con el fuego en el corazon, y el agua en los ojos la dice enternecido: Señora ¿vos llorais? -Sí, Don Marcelo: yo lloro, y no hago otra cosa que llorar cuando nadie me ve. Si supierais mi suerte deplorable, si vierais las angustias de mi corazon, y el miserable destino á que estoy condenada... ¡Qué desgracia ha sido la mia! ¿Porqué habeis venido á Madrid? ¿Porqué me habeis encontrado cuando yo huia de todos los ojos? Y aquí redoblaba sus sollozos. Poco despues haciendo un esfuerzo sobre sí, para poder articular las palabras, y con un tono fuerte y decidido, le añade: Señor Don Marcelo, escuchadme: es preciso, absolutamente preciso que dejemos de vernos: vos sois casado, y yo no quiero perder ni mi reposo ni mi libertad. La virtud no se defiende sino huyendo.

El pobre Marcelo estaba inmóvil, atónito, y todos sus sentidos en un trastorno y revolucion que no es posible concebir. No sabia qué hacer, ni se determinaba á retirarse ni á pedir mayor esplicacion de lo que tanto se dejaba entender: pero la activa sirena, para fijar su indecision, le vuelve á decir: una muger virtuosa no debe esconder ni su flaqueza ni su peligro. El medio de vencerse es juzgarse con severidad, y tengo tan alta opinion de vuestra virtud, que no me he detenido en mostraros mi enfermedad, para que vos mismo me ayudeis á curarla. Ya veis los efectos, yo me seco y me consumo insensiblemente, y la muerte no tardará en poner fin á mis tormentos; pero entretanto ayudadme á sanar de esta infeliz inclinacion. Yo amo mucho á vuestra muger, y no quiero ofenderla: yo conozco vuestras obligaciones y las mias, y veo que debemos evitar tratarnos. Esto es precisamente lo que os escribía.

El Marques que lo escuchaba todo, creyó que ya era tiempo de hacer su papel. Entra como si viniera de fuera, y finge asombrarse de la situacion en que los halla, porque Cipriana parecia abatida con el desórden de su dolor, y Marcelo como fuera de sí: pero despues de algun silencio, ella le dice: vos venis á tiempo, y pues sois amigo de los dos, decidnos lo que debemos hacer. Ya sabeis que yo quiero ser siempre dueña de mi libertad, pero me ha sorprendido una inclinacion, que traidora se cubria con el velo de la amistad. Don Marcelo es la causa. Decidme ¿no debo huirle y separarme de él para siempre? Ya tú sabes Marques (la interrumpe Marcelo) la pasion que te he confesado, y que se aumenta todos los dias: yo sé que debiera oir las voces de la razon y huirla; pero me falta valor para dejar de verla: yo no puedo ni dejar de admirar tanta hermosura ni privarme de discursos tan llenos de amabilidad y dulzura. Pero ¿porqué no podemos ser amigos? La virtud puede proibirnos el amor, pero nos permite la amistad.

Ve aquí lo que yo queria deciros la interrumpe al malvado Marques, y este es un tratado que ninguno de los dos puede rehusar. Los dos teneis un corazon sensible, que pudiera inflamarse. Lo que importa pues es que cada uno le sujete y le dirija: pero seria lástima que dos almas tan dignas la una de la otra se separasen por temor de un peligro que pueden evitar: y pues no quereis ni debeis reposar sobre el amor, reposad sobre la

amistad, que tambien tiene sus dulzuras. No temais ningún riesgo: yo estaré á vuestra vista, yo seré vuestro ángel tutelar, y si os veo la menor flaqueza, la menor sospecha de una pasion que debeis combatir y superar, al instante os separo. Es preciso que mi amigo sea siempre fiel á su muger, que es muy amiga mia, y una persona que amo mucho: pero con tal de que esto sea, no veo inconveniente en lo demas. Vos Doña Cipriana, sois una filósofa, que sabreis añadir gracias á la amistad, sin que se le pueda baldonar nada. Marcelo no es libre, es esposo y padre; pero un trato inocente y desinteresado no perjudica á nadie. Gustar de la hermosura para venerarla, y de el talento para admirarle no es delito. Su esposa no puede llevar á mal que Marcelo conozca lo que valeis, y que os tribute sus respetos. Sed pues amigos, trataos como tales, y continuad viendoos como haciais ántes. Nadie puede censurar una amistad pura y desinteresada.

Es claro que el débil Marcelo debia recibir sin resistencia las leyes que se imponian. Seducido por su propia flaqueza y halagado con la pasion de Cipriana le habia fingido, no hizo nuevo esfuerzo para quitarse la venda de los ojos: con el pretexto de abandonarse á la amistad, dió nuevas fuerzas á su amor, y cada dia se aumentaba su violencia. Con pasos de gigante corria al precipicio. La aficion marital y hasta las dulces emociones de la paternidad se iban aflojando poco á poco. No ménos se debilitaban los sentimientos apacibles de la inocencia, la estimacion de sí mismo, y la inquietud del alma, sentimientos preciosos, que hacen la felicidad de las almas delicadas, y que cuando una vez se pierden, no es tan fácil volver á recobrar.

Todos los dias el corazon de Marcelo se sentia encadenar con prisiones mas fuertes, y sentia perder alguna de sus antiguas ventajas. Su carácter se endurecia, su humor se agriaba. Ya no se le veia ni su pasada dulzura de genio, ni la acostumbrada amenidad de sus costumbres. Estas calidades son las únicas que pueden hacer dulce y delicioso un empeño irrevocable, que autorizan la religion y la virtud. Mucho se habia mudado. Se le veia triste, pensativo y disgustado. Ya no buscaba tanto ni las tiernas caricias de Martina, ni los inocentes juegos de sus hijos. Ya estos no le interesaban con sus dulces halagos, y Marcelo no parecia el mismo.

La sensible Martina se apercibia demasiado de esta transformacion, pero por no afligir á su marido, no se permitia la mas ligera queja. Al contrario, cuando veia el semblante de Marcelo cubierto de nubes, ponía en el suyo una serenidad inalterable: no combatía sus procederés poco delicados, y algunas veces sus durezas, sino con mas vivas pruebas de amor, ó con finezas nuevas. Una de sus amigas que adivinó sus pesares, acusaba esta conducta de flaqueza; pero ella le decia: yo no creo que mi marido se estravíe, porque es muy virtuoso; pero si por desgracia se me escapara, yo no quisiera llamarle ni con escándalos, ni con baldones que pudieran acabar de irritarle: tarde ó temprano volverá en sí, y conocerá que en ninguna parte puede estar mejor que en su familia, porque nadie puede amarle tanto.

Por otra parte es difícil dar pena ó afligir á lo que se ama; y si Marcelo pudiera ofenderme, yo no dejaria por eso de amarle. Contenta con llorar en secreto, no le haria ver mas que mi amor: creeme amiga. La mayor parte de las mugeres infelices, porque sus maridos las descuidan, dejarian de serlo, si en vez de los lamentos y las quejas, no

opusieran mas que la paciencia y la terneza. Estas son las armas que la naturaleza ha dado á nuestro sexo, para defenderse contra la tiranía de los hombres. Está segura de que yo, y mis hijos (que se conducirán por mis consejos) triunfaremos siempre en el corazon de Marcelo: que él nos buscará siempre y no se fijará más que entre nosotros; pero ya te digo que estoy cierta de que no puede tener culpa alguna, y que yo la tuviera, si me abandonara á sospechas injustas. ¿Dónde hallará un corazon tan tierno y tan agradecido como el mío? ¿Qué gusto puede sentir igual al de abrazar sus hijos? La verdad es que mi marido tiene un pleito, y que esto es quizas lo que altera su humor; pero nuestras caricias consolarán sus penas.

Un dia que Marcelo, volvió á su casa con aspecto mas áspero y desagradable, Martina observó que apartaba los ojos de ella, con una especie de terror, y que los fijaba en el suelo. Con deseo de calmarle, se le quiere acercar, pero él la huye como si la temiera. Parecia que le agitaban los terrores de una mala conciencia. Su muger le pregunta lo que tiene. El guarda un silencio pavoroso, y solo se le escapan espresiones duras y llenas de furor. La tierna y muy sensible Martina, no puede ya contener las angustias que la estrechan el corazon; se deshace en llanto, y viene á arrojarse entre los brazos de su esposo; pero él la rechaza, y quiere sacudirse de ella, para esquivarse á sus caricias. Ella redobla sus sollozos, y le dice: ¿así correspondes á mi amor? ¿Qué delito es el mío para tanto castigo?

Retírate Martina. Yo no te acuso de nada. Tú eres un ángel, pero yo soy un demonio: déjame porque quisiera verme sepultado en lo mas profundo de la tierra. -¡Qué! Marcelo ¿tú tienes penas, y no quieres que tu esposa las sienta contigo? ¡Marcelo mio, mi amigo! ¡Mi esposo no quiere derramar su dolor en el seno de su mejor amiga? -Ya no lo eres; yo debo perder hasta tu amistad y estimacion: ya no merezco mas que tu desprecio y tu odio. -¿Mi ódio? ¡Aun cuando tú me dieras la muerte con tu mano, cuando yo misma quisiera, me seria imposible, no digo odiarte, pero ni siquiera fingir un sentimiento tan horrible? No, amigo de mi corazon: cuando tú me arrancaras la vida, yo te besara la mano. -No me digas esas cosas: yo no las merezco, y me haces mas culpado. -Pero Marcelo, aunque hubieras dejado de amarme, aunque me hubieras sido infiel, yo te perdonara, y no pudiera dejar de amarte siempre. -¡Seria verdad adorada Martina, que tú fueras tan buena... tan generosa...! ¡esposa mia!... ¡Martina! ¡yo soy el mas culpado de los hombres!

Marcelo se entrega entónces á todos los extremos del dolor, y en medio de un diluvio de lágrimas confiesa á su muger, que despues de haber combatido la mas violenta pasion, acaba por fin de rendirse á ella. Yo habia creido dominarla (la dice), yo pensaba que no era mas que amistad; pero estoy corrido, avergonzado y jamás me consolaré. Yo he sido infiel á mi querida Martina yo he olvidado todos mis principios de honor, de religion y de virtud: yo he desmentido hasta aquí mi pura y tranquila constancia, y en fin he deshonorado á mi familia, á mis hijos, y á mí mismo. Siento, veo y reconozco todo el exceso de mi desvarío; pero yo me castigaré, y ya empiezan á castigarme mi implacable dolor, y mi voraz remordimiento.

Querida Martina, yo te he perdido: ya tu infame marido no es digno de tí: tú tambien has perdido al honrado, virtuoso y feliz Marcelo. Este se ha desaparecido, y en su lugar no te

queda mas que un brutal, un adúltero, un mal esposo, y un infame padre. Este monstruo abominable no merece ya el nombre de marido de una muger tan pura y respetable como tú. Tambien ha perdido sus derechos, sus títulos, su reposo y su propia estimacion. ¡Ah pérfido amigo! Tú eres la causa de mi desastre, porque me has hecho conocer esta sirena peligrosa. Pero, Martina, dulce Martina, ¿no me dices nada? Tú me habias prometido perdonarme, ¿porqué pues estás tan pálida? ¿Porqué ese llanto? ¿Porqué cierras los ojos?

Martina procura recobrase, y despues de alguna pausa le toma la mano, y le dice: no estrañes este primer movimiento de mi dolor. Yo no sabia que era posible partir un corazon. -¡Ah Martina, no me lo baldones! Yo no he partido el mio, siempre ha sido todo tuyo. Este ha sido un engaño de mis sentidos, un momento de error, y yo lo espiaré toda mi vida. ¿No me perdonas? -Sí, amigo, yo te perdono; pero deja correr estas lágrimas que se escapan: ellas se detendrán, y ya está todo olvidado: no hablaremos mas que de nuestro amor. Diciendo esto corre á sus hijos, los trae entre sus brazos, y presentándoselos á su marido, le dice: Marcelo, ¿Cipriana te dará jamás dos hijos como estos? Oyelos que te hablan en favor de su madre. La infeliz no tiene los atractivos de la otra; pero sabe quererte mejor, pues que no vive mas que para amarte. Entónces los dos esposos se abrazan, confunden sus lágrimas, dan los mas tiernos besos á sus hijos, y se juran de nuevo un amor eterno.

Despues Marcelo corre á casa del Marques. Este se espanta, viendo el desórden con que viene. Amigo le dice, ¿qué te ha sucedido? -¿Tú mi amigo? Jamás lo fuiste, aunque tus impuros labios profanaban este augusto nombre. ¿Tú mi amigo? Tú me has hecho perder en un instante el fruto de una vida honrada y virtuosa, tú me has hecho llevar la muerte, el dolor y la angustia hasta el corazon de la muger más respetable, y digna de un amor que no emponzoñaban los remordimientos, pero que ahora va á ser el objeto de mi eterno pesar. Bárbaro, tú has sido mi asesino: anda á contar á tu digna amiga la pena y el despecho en que me ves, cuéntala la angustia que me oprime por haber sido tan débil, por haber cedido á un momento de error. Dila...

El Marques queria interrumpirle; pero Marcelo no le daba lugar, y continuó diciendo, dila, que no me espondré mas, que no volveré á verla, que sus encantos no podrán quitarme otra vez la razon, y hacerme tan culpado como sus hechizos han logrado hacerme en un momento de delirio. Dila que yo la huiré para olvidarla, y apartar de mi vista imágen tan odiosa. Y tú, inhumano, alábate, complácete, jáctate de haberme arrastrado hasta el abismo. Ya está Martina instruida, ya se lo he contado todo, ya sabe que la he ofendido, y que tu funesta compañía, tus consejos perniciosos y tu espíritu seductor son los que me han precipitado. ¡Anda, pérfido, tan indigno del nombre de amigo! Tus ojos no volverán á verme jamás. Antes de que Dombal pudiese responder á este torrente de injurias, Marcelo corre presuroso á encerrarse en su casa, y pedir otra vez uno y muchos perdones á su muger. La dulce Martina se los ratificaba de nuevo, y le añadía nuevas finezas mas sensibles.

La viuda supo el funesto efecto que su condescendencia habia producido en el corazon de Marcelo, y no estaba poco picada de que estas fuesen las gracias que le diera; pero ella y Dombal se consoláron, porque uno y otro habian sabido sacar de Marcelo cantidades



considerables con título de préstamos. No ostante, como la farsa habia durado poco, no habian tenido tiempo de sacar cuanto deseaban. Esto les afligia, y á Dombal sobre todo; pero su inagotable espíritu inventivo piensa que á pesar de todo el furor con que ha visto á Marcelo, este es tan cándido y visoso, que podrá engañarle otra vez, y con esta idea le escribe un papel, que decia así: «Marcelo, me es indispensable hablarte un instante: no es para que se quejen la amistad ó el honor ofendido: te doy mi palabra de que no me oirás una queja; pero es menester que te hable sobre tus intereses, y te espero».

Marcelo no se acordó de la máxima que dice: que no se debe hacer ningun tratado con los malos, y que cuando fuera preciso sacrificarles su fortuna, es conveniente huir de ellos. Tambien se olvidó de la máxima que enseña que nadie debe confiarse en sus propias fuerzas. Se sentia tan indignado de su caida miserable, que le pareció que no tenia que temer; que ya vuelto á la virtud y al amor conyugal, era incapaz de caer otra vez, y como le hablaba de intereses, y que tanto el Marques como Cipriana le debian cantidades considerables, le pareció que debia á sus hijos el cuidado de recobrarlas. Con estas ideas va á buscar al Marques, y se le presenta con la firmeza de un hombre que no teme ni su cólera, ni otro deslíz. El hábil cortesano no le hace el baldon mas ligero ni le da la menor queja y solo le habla de lo que debe, y del deseo que tiene de satisfacerle. Con este motivo, afectando la mas noble y escrupulosa exactitud, le dice: que está en ánimo de vender todo su patrimonio para no ser deudor de un hombre, que ya no quiere ser su amigo; que la gratitud es intolerable cuando no la sostiene la amistad, aunque no ha hecho nada para desmerecerla.

Aquí deja escapar algunas señales de ternura y dolor, que no dejaron de enternecer al cándido corazon de Marcelo. El astuto Marques se apercibe, y le repite golpes mas sensibles. Cuando ya le pareció maduro, le añade: Sí, Marcelo, tú eres un ingrato. No puedo negar que te debo mucho, y que te estoy muy obligado por la fineza con que me has favorecido cuando lo necesitaba; pero está tranquilo: yo te satisfaré por entero: no te faltará un real de tu dinero: tú serás pagado. ¿Pero quien me pagará á mí del amor que me debes, del pesar y de los perjuicios que me va á producir esta ruptura? Ya ves que no te hablo como ofendido; que sé despojarme de todo lo que es orgullo y vanidad, para no mostrarte mas que la pena de un corazon sentido, y de una ternura lastimada; porque la verdadera amistad se olvida de todo, para no acordarse mas que de su propio dolor. Pero ¿qué quejas puedes tener de mí? ¿Cuál es mi delito, sino el de querer disfrutar contigo de las visitas de una muger amable, que la suerte nos proporcionó? ¿Es culpa mia el que tú te enamoraras de ella; y si ella y tú transformais en pasion lo que no debia ser mas que un trato inocente y agradable? ¿Es mi culpa, si tú has abusado de una muger que ha tenido la flaqueza de ceder á la pasion que has sabido inspirarla?

¿Y cómo la recompensas, Marcelo? ¿Es este el proceder de un hombre honrado? ¿Cuál es su delito tampoco, sino de haberte querido con demasia? ¿Y tú se lo pagas, no solo abusando de su flaqueza, sino corriendo á divulgarla, á deshonorarla y envilecerla? ¿No podias ser ingrato sin añadir una indiscrecion, que no se permiten los hombres menos delicados? Marcelo, tú conoces poco las mugeres, si piensas que puedan perdonar agravios de esta especie. ¿Y á quien vas á hacer esta enseñanza? A tu misma muger. ¿Te imaginas que pueda olvidar nunca que la has sido infiel? ¿Qué necesidad tenia de saber

este secreto? Que ames á tu muger, que la prefieras á todas, y que ella ocupe sola tu corazon, esto es justo, y ya has visto como he alabado siempre tu conducta estimable en esta parte; pero era menester ó resistir mejor á los hechizos de Cipriana, ó pues tuviste la desgracia de caer, no debias deshonorarla, contándoselo á tu muger, ni ponerla en estado de perder la vida de vergüenza y de dolor.

Ya Marcelo estaba medio vencido. Ya se decia que habia estado muy imprudente, y que no debia ni haber afligido á su muger con esta indiscrecion, ni haber quitado á Cipriana su honor; que su remordimiento le habia hecho injusto y ménos honrado. Pero cuando oyó que estaba para perder la vida, le dió un vuelco el corazon, y temblando de miedo, pregunta al Marques: ¿cómo perder la vida? -¿Lo puedes dudar? le responde este. Ella ha sabido tu frenética locura, y lo que has hecho con tu muger. Desde aquel instante está fuera de sí, una violenta calentura la ha postrado en el lecho, y el médico teme que no pueda acabar el dia. -¡Dios mio! ¡qué es lo que dices! -Que ya está moribunda, y que va á pagar con la vida la flaqueza de un momento. Pero ciertamente no eras tú el que debia hacérsela pagar, pues que no la ha hecho, sino por ceder á tus ruegos, obligada del amor que te tenia.

¡Ay Marques! yo me avergüenzo, y si pudiera socorrerla... -¿Qué socorro cabe ya? Yo vengo de verla, y ya es tarde para todo. Si vieras con todo eso como habla de tí, como no se le escapa una palabra que te pueda ser injuriosa, como me decia que te amaba siempre, y como te disculpaba; te aseguro que me rompia el corazon. ¿Crearás tambien que lo único que la inquieta es el embarazo en que se halla de tu deuda, y que no tiene otro deseo que el de pagarte antes de morir? Esta mañana me decia: si yo pudiera hablar un instante con el para que se hiciera cargo de todo lo que dejo, y que pueda satisfacerse, yo muriera contenta.

Ya Marcelo estaba cubierto de lágrimas, y despues de haber estado un rato pensativo, le dice: yo no quisiera que me quedase el escozor de haber sido inhumano con una muger. ¡Dios mío! ¿porqué no nos hemos contentado con ser amigos...? -Ya esas reflexiones son inútiles, y Cipriana se muere. Yo no tengo la vanidad, tú me has quitado el derecho de aconsejarte; pero la verdad es que la infeliz no tiene ya mas que un soplo de vida, y que si quieres ser humano con ella, no debes perder instante, porque podrás encontrarla sin ella. Marcelo cada vez mas afligido vuelve á caer en una meditacion profunda, da muchos suspiros, se pasea desatentado por el cuarto, y al fin dice: yo habia jurado no volver á ver una muger tan peligrosa, y que me ha sido tan funesta. Yo me lo habia prometido á mí mismo, y se lo habia prometido á mi esposa; pero Martina es tan benéfica y generosa, que si supiera... En efecto ¿Cipriana está tan mala? -No te respondo de que la encuentres viva. -Vamos pues, vamos otra vez, y que esta sea la última. Yo iré á verla esta tarde. -¿Me das la palabra? -Sí; pero con condicion de que no volveré. -Cuando no dieras mas que un consuelo á esta desgraciada muger, seria un acto de humanidad.

Ya el Marques tenia concertada su comedia con Cipriana; pero al instante corrió á avisarla para que todo estuviera pronto, y ve aquí como los hombres de bien son siempre víctimas de los inicuos, porque no tienen malicia para penetrar sus ardides. El buen Marcelo se fué á su casa, y contó á Martina el estado en que se halla Cipriana, y el deseo

que tenia de verla para arreglar sus cuentas. Martina le dice al instante: amigo, corre, y no tardes en ir. La caridad nos obliga á socorrer y consolar á los que estan en los últimos momentos, y en ellos no hay delito que no deba obtener perdon. Infeliz el corazon duro y vengativo, que á la vista de la muerte no se siente desarmar. Anda, y consuela á esa pobre muger: dila, que la compadezco mucho, que yo quisiera poder darla la vida; que me ha causado muchas penas; pero que se las perdono, y que no me acuerdo mas que de las tuyas.

Marcelo va; pero ¡qué espectáculo se le presenta! Toda la casa parece despojada. Hasta en la alcoba no habia mas que un pobre lecho en que estaba Cipriana, y todo presentaba el aspecto de la indigencia mas estrecha. No se veia otra cosa que una mesa vieja, en que habia un talego que parecia contener dinero, y al Marques que estaba á la cabecera de la moribunda. Marcelo se asombra de ver que todo está tan desguarnecido y miserable, y por señas pregunta al Marques la causa de esta novedad; pero la enferma le responde: acercaos, Señor: este ha sido un sacrificio necesario, y es mi primer paso para la sepultura: yo os debia, vos me habeis prestado vuestro dinero con mucha generosidad: mi obligacion era pagaros, y he vendido cuanto tenia para tener el consuelo de satisfaceros antes de morir. Ahí teneis el dinero. Me ha sido preciso despojarme en vida hasta de lo mas necesario para cumplir con una deuda tan sagrada; pero al fin ya está hecho, y presto no necesitaré de nada.

Mis penas, mi vergüenza, mis humillaciones y pesares me quitan la vida. Vos conoceis á quien debo todas mis amarguras; pero yo pido al cielo, que le haga tan feliz como él me ha hecho desdichada. Aquí no puede detener sus lágrimas, y solo añade: no puedo mas, y pues que Dios me da el consuelo de haberos pagado ántes de morir, solo os pido que le pidais por mí, que me perdoneis, y que no me negueis vuestra compasion. Marcelo aturrido, confuso, y con el corazon destrozado de todo lo que miraba y oia, echaba ojos de compasion sobre la enferma, y admiraba su noble proceder. ¡Qué! despojarse de todo (decia) cuando mas necesitaba de ello, á causa de su enfermedad, solo para poder pagarle, esto era un acto tan generoso y sublime que le llenaba de respeto á aquella muger. Se queja con dulzura de que se le haya creido tan bárbaro, que se haya hecho por él tanto esfuerzo: protesta que no tomará el dinero: pide al Marques que haga rescatar lo vendido, y que se emplee en curar á la enferma.

Le añade en secreto, que este golpe acaba de abrirle los ojos: que una muger que se conduce de esta manera, es una heroína: que su accion es sin ejemplo: que la que ha podido hacerlo, tiene mucha virtud y honradez: que está penetrado de dolor por lo que ha hecho: que quiere reparar sus imprudencias, y sus injusticias á toda costa, y que presto volverá á verla. Luego se acerca al lecho de Cipriana, procura consolarla, y la habla con el tono del interes mas vivo, con el aire de la amistad mas tierna, y en fin se despide de ella para volver, diciéndose á sí mismo: esta es una muger muy estimable; yo he sido un bárbaro, y si Dios la da vida, seré su fiel amigo, y seré cuanto es posible ser suyo, excepto amante. Este fué el proyecto con que salió, y volvió á encargarse al Marques que viera si era posible hacer que cuando él volviera, ya encontrase la casa mas decente, y bien prevenida de todo. Yo quisiera, le dijo, sacarla de las garras de la muerte, ó á lo menos

endulzarla los horrores de su fin. Dombal, esta es una muger rara y admirable. Martina la conocerá, y no volverá á estar celosa de ella, y si Dios la da vida, será nuestra amiga.

No bien el crédulo Marcelo estaba al pie de la escalera, cuando ya aquel par de malvados se burlaban de su bobería, y se reian de la comedia que habian representado con tanta habilidad; pero Marcelo llevaba en su corazon por un lado la dulce alegría que produce una buena obra, y por otro el disgusto de haber visto á Cipriana en tan fatal estado. Pedía al cielo que no muriese, y ya, para en caso de que se recobrara, se proponía el plan de conducta que debia tener, y en el cual no veia peligro de caer otra vez. Al otro dia volvió á verla, y le dice, que se encuentra mucho mejor, porque el placer de haberle visto, y las atenciones que ha tenido con ella, la han dado la salud. Y así despues de darle las gracias, le dice: no hablemos mas de nuestros errores, los dos perdimos un momento la razon, y harto me cuesta: pero esto se acabó. Desde hoy quiero ser la mejor amiga de vuestra muger. Yo seré la que no os dejará olvidar lo que la debeis, y nos animaremos mutuamente á la virtud.

Para en adelante os ofrezco la amistad mas pura y desinteresada, que tendrá tambien un nuevo estímulo en mi gratitud. Al instante que me desahogue de ciertos cuidados, os pagaré lo que ahora os debo de nuevo. Es tan dulce deber á las personas que se estima... Olvidemos pues nuestros defectos, y no seamos desde hoy mas que tiernos amigos. Si por mi flaqueza yo fuera mas débil, si pudierais observar, que á pesar de mis resoluciones me desvíó de la mayor pureza, corregidme, y ponedme otra vez en los límites de una amistad virtuosa. La respuesta de Marcelo fué la que se podia esperar de un corazon fácil, que se abria á todas las ilusiones, y que se tragaba todos los anzuelos. Se propuso en efecto seguir este plan con exactitud.

La enferma mejoraba como por milagro. Cada dia iba desenvolviendo nuevos encantos en sus talentos, y nuevas gracias en su corazon. Marcelo la veia todos los dias, y ya era tan amigo del Marques como ántes. El mal hacia progresos rápidos. Ya no era ilusion: ya era consentimiento deliberado. El marido de Martina empezaba á ser mas delincuente. Bien hallado con su mal, ni queria examinar lo que sentia, ni hablaba mas á su muger de Cipriana. Ya la ocultaba el número de visitas que la hacia; así sucedió lo que debia suceder. Una pasion que no se arranca de cuajo, tarde ó temprano echa por tierra al que la sufre, y por eso Mentor no deja á Telemaco en la orilla, sino con inflexible mano le precipita entre las aguas; y así Marcelo, que no supo arrancarse del peligro, poco á poco fué perdiendo de vista todas sus ideas de amistad y pureza. Se embriagó con la copa dorada del veneno mortífero, y en fin volvió á violar sus juramentos, su honor, la religion, el carácter de esposo, y cayó de bruces entre los brazos de la inmunda Cipriana.

Desde aquel instante todos los monstruos que acompañan al vicio, se apoderaron de su corazon. El se hizo pródigo, insensible á los intereses y al amor de su familia. En su alma se aflojaron todos los resortes de la naturaleza. Ya no acariciaba, ni amaba á hijos. La dulzura y la resignacion de Martina eran baldones mudos que le atormentaban, y procuraba evitarlos, huyendo. Cada vez que venia á su casa, su conciencia le servia de un torcedor importuno, que con grito sordo, pero pavoroso le asustaba, y le condenaba á

escondese. Los remordimientos le espantaban; pero él procuraba acallarlos como un reo, que quisiera no escuchar la voz del juez que le intimida.

La infeliz Martina, que lo observaba todo, y que veía no solo que había perdido el amor de su esposo, sino que este perdía la casa y el patrimonio de sus hijos, no sabía qué hacer. No le quedaba otra esperanza que la de su paciencia, ni veía otro medio para lograr una resolución que le fuera favorable, sino el de su dulzura y buenos procederes. Su prudencia era tan delicada, que quería esconderle hasta sus lágrimas; pero estas se desquitaban cuando estaba sola. Un día que daba algún desahogo á su dolor, un hijo suyo, que ya tenía seis años, la sorprende en su cuarto anegada en su llanto. La inocente criatura se enternece, y llorando también vuela á sus brazos, y la dice: ¿qué tienes, mamá? ¿Porqué lloras? -Yo tengo, hijo mio, muchas penas. -¿Es que no tienes que comer? Toma este pan de mi almuerzo, yo no almorzaré, y cometelo tú. La madre, dándole un beso mojado con su llanto, le responde: no, hijo, no es pan lo que me falta; pero hay disgustos mas sensibles. ¡Quiera Dios que no los tengas nunca! -¿Qué tienes pues? -Yo temo que nos veamos reducidos á la indigencia. -Mamá, ¿qué es indigencia? -Es, hijo mio, que nos falte todo, y hasta la comida y los vestidos. -¡Ay, mamá! toma mis vestidos, y cuanto tengo. Yo tendré mas gusto en verte á tí, que no á mí. Cuando sea grande nada te faltará, y te amaré mejor que mi papá, que ya no está con nosotros, ni viene á consolarte; pero yo estaré siempre contigo, y te acariciaré, porque nunca estoy contento, sino cuando te veo, y te abrazo. -Hijo, pues me amas tanto, di á tu padre cuando le veas solo, que yo lloro mucho, y que me muero de dolor: él entenderá esto. -Yo se lo diré, mamá, yo se lo diré, aunque no le amo tanto como a tí. -Hijo, haces mal, tú debes amar á tu padre: Dios te lo manda. -Pero nadie me ha mandado que te ame, y yo te amo tanto. -El mismo Dios te manda que ames á tu padre y á tu madre. No olvides, hijo, lo que te encargo; díselo á tu padre. -No lo olvidaré; basta que tú lo quieras.

En efecto, poco después vuelve Marcelo con un aire mustio y abatido. Su corazón estaba devorado con la vergüenza y los remordimientos, huía hasta de los ojos de Martina, y no sosegaba hasta verse en el destierro de su cuarto. La presencia de las personas virtuosas es un tormento para los malos que conocen sus culpas. Su hijo, que le ve irse á su cuarto, corre tras él con las gracias de la inocencia, que por desgracia duran muy poco, y no se recobran otra vez. Luego que estuvo con él, le dijo: ¡Padre! ¿sabes que mamá se muere de pena, y que no hace mas que llorar? -Anda, déjame en paz, le responde Marcelo. -¿Cómo? le dice el niño: ¿no quieres que te abrace? Pero haz que mamá no llore tanto, porque yo no puedo dejar de llorar cuando ella llora, y al instante se deshace en llanto.

A vista de espectáculo tan tierno, Marcelo se sintió conmovido. Había empezado á rechazarle; pero entonces viéndole tan afligido, se enternece, le llama, le pone entre sus brazos y se disponía á hablarle con halago y ternura. Quizas este era el momento, que el cielo destinaba para el triunfo de la naturaleza, y el consuelo de Martina; pero por desgracia dos amigos del Marques, esto es, dos perversos de su especie, que también lo eran de Marcelo, pues ya no tenía otros, entran á su cuarto, y le disipan estas tiernas impresiones, que hubieran podido conducirle al desengaño y arrepentimiento. ¡Cuántos corazones extraviados por la corrupción del mundo sienten estos instantes de favor, y los dejan pasar! ¡Cuántos encuentran esta semilla de virtud, y la dejan morir, porque el soplo

emponzoñado del vicio los vuelve á corromper! Pocos son los que en medio de sus costumbres corrompidas no sienten alguna vez estos estímulos; pero son ménos los que saben recogerlos y aprovecharlos.

Marcelo se volvió á olvidar de su hijo, de su muger, y de todas las leyes del honor. Su pasion subió al mas alto punto de embriaguez. Era un delirio frenético, que cada dia se aumentaba. Sus prodigalidades disipáron su fortuna, y ve aquí como obligado á llenarse de deudas, sus acreedores le atormentan. En su casa ya faltaba todo, y estaba muy cerca de verse en la triste situacion de la miseria. No solo habia consumido su propio patrimonio, sino hasta el caudal de su muger. Martina habia condescendido con todo, y ya no la quedaban mas que sus diamantes; pero Marcelo era ya tan bárbaro que no tuvo rubor de pedírselos. Martina harta de pesares, acosada por las necesidades, y temerosa de que la falte pan para sus hijos, se atreve á negárselos. El se indigna, se enoja, la trata con dureza, la cubre de oprobios. Martina sufre, no le responde nada; pero le escribe este papel.

«Yo moriré sin baldonarte nada, sin quejarme, y sin que salga de mis labios una palabra que te pueda humillar. Así no te escribo mas que para esponerte mi conducta. Ya has visto que jamas se ha desmentido, que mi amor ha sido sin ejemplo, y mi condescendencia sin límites. Quizas ha sido demasiada. La esposa no debia olvidar que era madre. Yo te lo he sacrificado todo, sin disimularme que mi facilidad era dañosa á tí mismo y á mis hijos. Ya es tiempo de que me detenga en medio del despeño á que nos precipitas. No por mí: porque ¿qué son la fortuna ni los intereses para una muger que no puede vivir mucho, y de quien tú te has olvidado? sino por tí mismo, y por tus hijos. No me arranques el último pedazo de pan que os queda. No des lugar á que yo tenga el dolor de saber cuando muera, que tú y ellos quedais sin recurso. ¡Ay, Marcelo! ¡mi siempre adorado Marcelo! ¿podia esperar esto de tí?

Este papel produjo mucho efecto en el corazon de Marcelo porque no era insensible, ni bárbaro; pero todos sus movimientos se perdian en la detestable sociedad que dominaba su alma. Esta es la marcha ordinaria de las pasiones. Empiezan por ceder por flaqueza; pero presto adquieren la dureza del vicio, y acaban por la inhumanidad. Así se ve que personas sensibles y virtuosas poco á poco, y de error en error llegan á la barbarie de los malvados. ¡Qué comunes son estos ejemplos! ¡Y qué precauciones no se deben tomar en lo escensivo de las inclinaciones y amistades! Un objeto indigno basta para conducir al corazon mas honrado al extremo de vileza en que estaba el infeliz Marcelo.

Cipriana y el Marques, que ya habian conocido el mal estado de los negocios de Marcelo, concertaron entre sí dejarle, y abandonar al infortunio una víctima, á quien habian chupado ya toda la sangre, y que ya no podia serles útil. Este es tambien el término ordinario de todos los amores y amistades, que no tienen mas que al interes por objeto. Ya se disponia Cipriana á buscar un pretexto para cerrarle<sup>(7)</sup> su puerta, cuando por casualidad un comerciante que venia de Méjico, oyendo el nombre de Marcelo, manifestó mucha curiosidad, y quiso informarse de todas sus circunstancias. Despues que Cipriana y el Marques le dijéron lo que sabian, él les volvió á decir: este Don Marcelo de la Vega será muy presto el hombre mas rico de España. Este discurso les sorprende, les agita, y le

preguntan el cómo? El les responde: la muger de Don Marcelo tiene en Méjico un pariente que goza de una inmensa fortuna, fruto de cuarenta años de trabajo. Yo sé que á mi salida estaba muy enfermo, y que ya habia hecho un testamento, en que deja por heredera á su parienta, y en defecto de esta á su marido.

¡Qué; le dice el Marques, si la muger de Don Marcelo falta, ¿es él quien lo debe heredar todo? -Así es, y en mi juicio ya estará muerto, porque los médicos no le daban un mes de vida. Yo he deseado encontrarle para darle esta buena noticia, sin poderle ver en ninguna parte, y como parto esta noche para Francia, donde me llevan mis negocios, no se lo podré decir; pero pues es amigo vuestro, dadle esta noticia, que no puede dejar de agradarle. Ellos se lo prometieron y el comerciante se fué.

No bien quedaron solos cuando se abandonaron al delirio que les causaba esta impensada noticia, y la esperanza de apropiarse de toda aquella riqueza. Lejos de seguir el proyectado plan de despedirle duramente, no piensan mas que en los medios de redoblar sus lisonjas, caricias y artificios para atraerle con mas fuerza. Arreglan lo que deben hacer, y la primera condicion para lograr sus fines es que no sepa nada de la fortuna que le espera. Ambos se prometen guardar el secreto, y no perder instante para empezar su trama.

Viene Marcelo, y encuentra á Cipriana sola; pero muy triste y pensativa. El inquieto y cuidadoso la pregunta ¿que tiene? Ella muestra mucha dificultad en explicarse: el insiste, y despues de muchas excusas y repulsas, le dice al fin; pues estamos solos, voy á descubrirte mi corazon. Yo no puedo tener ningun secreto para el hombre que adoro: ya ves la agitacion en que estoy, y que no puedo disimular mas tiempo; yo queria ser la víctima única, pero veo que tú también lo serás, y esto es lo que me aflige. ¡Ay Marcelo! ¿qué es lo que hemos hecho? ¿En que abismo nos hemos precipitado? El amor nos ha seducido, y lo peor es, que cada día siento que te amo mas: y diciendo esto, derrama un nuevo torrente de lágrimas, que la hacia mas interesante.

Marcelo, temblando, sin entender lo que queria decirle, y temeroso de alguna resolucion contraria á su amor, la dice: ¿No soy ya bastante infeliz y mi destino quiere prepararme otros golpes? -¡Ah! ¡qué estos golpes no son crueles sino para mí! ¡para mí, que no podré vivir sin ti! -Pero ¿qué quieres? Yo no puedo remediarlo. Los remordimientos vienen á emponzoñar mi felicidad, y no me dejan gozar de ella. Al principio mi feliz ceguedad no me dejaba ver mas que la dulzura de mi amor, pero ahora mi razon me descubre mis delitos, y sobre todo uno, que es el peor de todos. Marcelo, por causa mia tú has perdido tu virtud, la felicidad que hallabas en tu familia, y hasta el amor de tu muger; de esa muger tan buena, y que hubiera sido mi amiga, si fuera posible amar á la que nos disputa el corazon, que es el único objeto de nuestro amor. ¡Ay Dios! ¿adónde me ha conducido una pasion tan fatal? ¡Ah Marques! ¡qué mal me has hecho, contribuyendo á mi flaqueza, y cuanto me cuesta haber perdido el dulce sistema de mi tranquila indiferencia!

Pero en fin mas vale tarde que nunca. Escúchame Marcelo, y tenme lástima. Ya has visto que eran muy dulces para mí los lazos que nos unian, y te declaro que nunca me han sido mas que ahora, que tú eres el único hombre que ha sabido llenarme el corazon, el único

que he amado, y el único que amaré, y que nunca te he amado tanto como ahora que voy á perderte. -¿A perderme? -Si, Marcelo. Yo se que me costará la vida; pero este partido, aunque tan duro, aunque tan horrible, es indispensable, es necesario. -¿Que me dices? ¿tienes valor para...? -Ya no podemos dejar de abrir los ojos, ya es tiempo de quitarnos la venda que nos oculta el exceso de nuestros extravíos. Considera un poco lo que soy yo á los ojos del mundo, á los tuyos, á los míos propios. ¿Cómo es posible que me lo disimule? ¿Qué papel hago? El de una manceba, el de una adúltera. No puedo pues ser mas que un objeto de desprecio. ¿Y cómo me puedo consolar? Yo sé que me amas, pero tambien quisiera que me estimaras.

Marcelo estaba ya de rodillas, protestándola, que no solo la ama, sino que la estima y adora, pero ella le interrumpe para decirle: No nos engañemos: ya la venda se me ha caido de los ojos, ya veo la verdad, ya la escucho que me habla, que me condena, que me enseña las leyes que debo seguir, y ya veo que es preciso seguir las: imítame: una muger ¿tendrá mas valor que tú? Separemonos, Marcelo: no volvamos á vernos. Yo iré á llorar en el retiro mas oscuro mis flaquezas, mi amor, un amor... No, yo no viviré largo tiempo; pero tendré el consuelo de morir, sabiendo, que ya vives bien con tu esposa, que logras la estimacion de todos, y que tú tendrás lástima de mí; porque te compadecerás de una infeliz que ya ni siquiera podrá verte. Bien sé que por mas que haga, tú reinarás siempre en mi corazon, y que tu memoria me le destrozará. Este será mi mayor tormento: pero ¿qué he de hacer? pues no puedo dejarte de amar.

Todo esto fue pronunciado con un diluvio de lágrimas. El crédulo Marcelo derramaba otro, y la decia: ¿cómo ¡cruel! tú puedes resolverte á separarte de mí? ¿No sabes que me quitarás la vida? -Marcelo no hay remedio: demasiado he vivido ya olvidada de la razon y el honor. El nombre de tu manceba ó tu querida es un título de oprobio, y yo quisiera sepultarle conmigo en el centro de la tierra: á lo ménos yo me iré lejos de Madrid, donde nadie me vea, donde tú no estés: pero ¡ay! ¿dónde irá mi corazon que no lleve consigo la imágen del hombre mas querido? ¿Porqué el cielo no me hizo vuestra esposa? La tuya es la única muger que me inspira envidia. ¡Qué dichosa es, pues puede gloriarse de quererte, y yo, infeliz de mí, que te amo mil veces más, yo debo esconderme y avergonzarme de este amor! A Dios, á Dios Marcelo. Lo que mas me aflige en este lance es que ahora no puedo pagarte lo que te debo. -¿Qué me hablas de pagarme? Yo soy el que te debo hasta la vida, pues sin tí me fuera insoportable. Es verdad que he perdido mi fortuna; pero yo me consolaba pensando que tú me quedabas, y ahora ¿quieres abandonarme? -¡Marcelo! Yo apelo á tu misma probidad. Tú dices que me amas. Si esto es verdad, tú debes mirar por mi honor. Este exige que yo me sacrifique, que nos separemos, que nos olvidemos. -No, yo no podré jamas. -Tú debes ser el que me fortifique. El verdadero amante debe ser un amigo desinteresado. Yo aspiro á merecer tu estimación y la mia propia, y no puedo merecerla mientras no sea mas que tu manceba. Esto no corresponde mas que á tu esposa.

Estas palabras despiertan una idea terrible en el espiritu del desolado amante, y la dice: Martina está enferma, y no puede vivir mucho. Si yo quedara libre todo se remediara. -¿Qué dices? -Que entónces yo pudiera satisfacer tus deseos y los míos. -¿Te casarás conmigo? -Al instante. -¿De veras? -¿Puedes dudarlo? -¿Te atrevieras á asegurármelo por escrito? -Con todos los escritos y juramentos del mundo. -Pues bien, si esto es verdad,



escúchame: tú me conoces: tú sabes como te amo, y que en nada me conduce el interes: firmame pues un papel en que te obligues á darme cien mil pesos si, en el caso de estar libre, no te casas conmigo. Si me lo firmas entónces haré cuanto quieras. -¡Cien mil pesos! Ya ves que en el estado actual de mi fortuna... -No importa: ¿tú comprendes que jamas me servire de este escrito? Pero quiero tenerle para poder representártelo á ti mismo en caso necesario... En fin yo me valgo de este medio como de todos los que puedan asegurarme tu mano, aunque no dejo de conocer que es ridículo: porque ¿de qué me sirvieran todas las riquezas del mundo sin tu corazon? Un amor como el mio no se puede pagar mas que con amor.

El insensato escribe y firma lo que la viuda le dicta. Ahora, le dijo esta (recibiendo el papel) puedo tomar un partido menos severo, porque la idea de poder ser un dia tu muger, me hace ménos vergonzoso nuestro trato. La esperanza de un himeneo me puede justificar. Yo deseo que viva Martina, pero á lo ménos ya puedo esperar ser tuya. Ahora amo á un hombre que, cuando pueda, será mi marido.

La pobre Martina estaba con efecto tan lánguida y desfallecida, que no prometia vida larga. Ya ni siquiera desahogaba su dolor. Petronila, que era la sola criada que la habia quedado, era tambien el único confidente de sus penas. La infeliz se secaba sin consuelo. Tomaba á sus hijos entre sus brazos para bañarlos con sus lágrimas, y los rechazaba. Escribia á su marido, y apénas acababa un papel, cuando le hacia pedazos. Ya no tenia mas que la muerte delante de los ojos, y esta imágen la consolaba algunas veces de sus penas; pero cuando consideraba que sus hijos iban á perder en ella su único arrimo, esta idea la traspasaba de dolor. Pedia al cielo socorro, y se quejaba con Petronila de su injusto esposo.

Cipriana se aplaudia con Dombal de su habilidad, y del cómo habia logrado su artificio. Ella habia sabido tomar todas sus precauciones con tanta destreza que en ningun caso podia temer la vigilancia de la justicia, y no se contentaban los dos malvados con los cien mil pesos, pues no dudaban que Martina no podia durar mucho, y estaban seguros de disfrutar todos los tesoros que Marcelo esperaba: solo el mismo Marcelo estaba pesaroso, porque desde que volvió en sí, y pudo reflexionar sobre aquel acto, no se pudo disimular el indigno hecho que acababa de hacer. Haberse obligado á tomar nuevas cadenas sin estar rotas las que tenia: haber prometido á una mujer darla la mano, sobre la ceniza caliente de la suya, todo esto le parecia horrible, y no comprendia cómo el delirio de la pasion le podia conducir á tanto esceso. Empezó á entrever el carácter interesado de Cipriana. Tampoco es fácil sofocar esta voz secreta de la conciencia contra una mala accion; y el esposo de Martina no podia sufrir su remordimiento interior. Este disgusto se aumentó mucho cuando va á ver á la víctima que él mismo arrastra al sepulcro, y que lánguida y desfallecida, léjos de importunarle con sus quejas, no le hace ver mas que indulgencia, cariño y amor; pero tal es el carácter del vicio, que cuando se reconoce delincuente, se irrita contra sí mismo, y no pudiendo disculparse, se hace inhumano y feroz. Marcelo lo era con Martina, y respondia á sus caricias y finezas con durezas y brutalidades; pero no podia acallar la voz secreta que le perseguia. Ella le gritaba: Martina está viva, ¿y tú has hecho á otra muger una promesa odiosa, delincuente y sacrílega? No te falta mas que echarla tú mismo en su sepulcro: ¿y qué otra cosa haces

cuando la ves consumida de dolor, y la abandonas? ¡Infeliz Marcelo! ¡Tú quitas la vida á tu muger! ¡Tú privas á tus hijos de su madre! ¿Se puede reparar esta pérdida? ¿Quién será su consuelo, pues ha largo tiempo que ya no pareces padre? Vamos, se decia, á arrancar este papel que me deshonra, y que sea despojo de las llamas. Otras mil ideas le pasaban por la imaginacion; pero apenas veia á Cipriana cuando de todo se olvidaba, y solo se acordaba de su amor.

Entretanto su desolada esposa, víctima del dolor que la consumia, estaba ya postrada, y en manos de los medicos. Cansada ya de una vida tan triste, esperaba la muerte con indiferencia; pero dócil á la voz de la religion, se abandonaba á los socorros del arte, y consentia en tomar los remedios que se la prescribian. Se la habia ordenado una medicina, y esperaba la hora para tomarla: pero de repente entra Petronila, trayendo en el semblante todas las señales del terror, y sin poder articular una palabra. Martina se espanta al verla, y la dice: ¿qué tienes amiga? ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está mi marido? ¿Qué es lo que le amenaza? Sácame de inquietud. -¡Ay Señora! la dice, no me hableis de vuestro verdugo. El peligro es para vos misma. No tomeis esa medicina, que está envenenada. -¿Envenenada? -Sí, Señora, es veneno. -¡Qué dices! -Que tengo horror de deciros este secreto, pero es preciso salvaros. Han puesto veneno en ella, y sin duda por orden de vuestro esposo. -¿De Marcelo? ¿Del hombre que yo adoraba y adoro todavía?

El golpe de esta inesperada y terrible noticia altera tanto el corazon de la infeliz y ya desfallecida Martina, que se siente morir, y un súbito desmayo la hace perder los sentidos. Estuvo largo tiempo fuera de sí, sin poder pronunciar una palabra. Al fin se desata en un copioso y lastimero llanto, y cuando pudo hablar, decia: ¡Santo Dios! ¿Mi marido desea mi muerte? ¡Ah! si mi religion no me lo prohibiera, ¡cómo sabria vencer mi repugnancia, para que Marcelo quedara satisfecho! -No, Señora, no lo quedaria, y en esta ocasión yo me atreveria á desobedeceros. -¡Ay amiga! si Marcelo quiere mi muerte, ¿cómo podemos impedirla? Mira, cuando ahora evitemos este golpe ¿podremos escapar de otros? Ya debes ver que mi sentencia está pronunciada. ¿No conoces que tarde ó temprano lo ha de lograr? Pero dime ¿estás segura que esto viene de mi marido? -¿Y lo podeis dudar despues del modo con que os trata? No basta haberos reducido á la miseria, el bárbaro tambien quiere enterraros. -Pero ¿estás bien segura? -Yo lo he sabido todo de la boca de una criada de la detestable Cipriana. Ella ha venido desalada á decirme, que un hombre debia venir á echar veneno en el remedio que se os preparaba. Yo he visto venir á uno, y sin duda que lo ha echado.

Martina repetia, ¿podia yo esperar esta barbarie? ¡O Marcelo! ¡Tú, por quien únicamente queria vivir! Tú, á quien ya habia perdonado, y que nunca he dejado de querer, ¿tú, deseas y procuras mi muerte? ¿Y para que te tomas este afan? ¿Porqué no dejas esta obra a mi dolor? El basta para acabarme, y ya no puede dejarme vivir mucho. Petronila, no llores, tengamos valor, solo te pido un servicio, y es el único que me harás. Yo siento que voy á morir. Este golpe acaba de extinguir la poca vida que me quedaba; pero cuando muera, di á Marcelo, que aunque he sabido que me queria apresurar la muerte, no he dejado de amarle y perdonarle. Recomiéndale mis pobres hijos; pero, amiga, me viene una idea. Yo quiero escribirle todos los tormentos de mi corazon, y tú le darás mi papel

despues de mi muerte. En efecto, toma la pluma, y con una mano trémula escribe estas palabras, que iban todas bañadas con su llanto.

«Doy mil gracias al cielo de que me quite la vida en un momento, en que con tanto ardor solicitas mi muerte. Le agradezco que su bondad haga que no te sea necesario este delito, y que te libre de un eterno remordimiento; pero ¿cómo no has conocido que tu afan era inútil, pues para matarme me basta mi dolor? Sabe para consuelo tuyo, que no es el remedio emponzoñado el que me mata, sino las penas de mi corazon. No me quejo de mi suerte; porque, gracias al cielo, estoy inocente, y voy á caer en los brazos de un Dios dulce, que es mi amoroso padre. Pero ¿quién servirá de madre á mis pobres hijos? ¿Será Doña Cipriana? ¡Ay, Marcelo! si se supieran tus designios, si se descubre que has echado veneno en mis remedios, ¿cuál seria tu castigo? ¿Cuál seria el deshonor de mis hijos? ¡Dichosa yo, pues con mi muerte te escuso, y les escuso males tan terribles! Yo muero con la esperanza de que un día abrirás los ojos, y que conocerás la diferencia que hay entre una muger honesta, que jamas ha querido mas que á su esposo y sus hijos, y entre otra que... pero tú la conocerás. Yo te perdono y te disculpo, porque sin duda será ella la que te habrá aconsejado, y quizá conducido tu mano; pero Dios nos juzgará: yo la abandono á sus remordimientos.

A Dios, pues, querido Marcelo, trata mejor que á su madre á los infelices frutos de nuestra union. Acuérdate que no tienen en la tierra otro protector. Jamas sabrán que tú has intentado privarlos de su madre, y te amarán como yo. Si alguna cosa podrá espigar este delito, será que los ames, y los cuides. Yo no te pido otra recompensa de mi muerte. ¡Que desgracia es romper con tanta violencia unos nudos, que el amor mas tierno habia tejido! Pero no te olvides de que hay un Dios justo, y no tardes en ocurrir á su clemencia. A Dios, adorado Marcelo, á Dios para siempre».

Martina dió este papel á Petronila, que se deshacia en llanto, y la dice: ocúltame esas lágrimas, y no disminuyas mi valor: Mira, amiga, tú le darás este papel, y le dirás tambien, que mi último suspiro fué por el. Petronila procuraba esforzarla, y la decia: señora, no os abandoneis á vuestro dolor: vivid para castigo de esos infames, y que no consigan sus deseos malvados: vivid para vuestros hijos y para mí; pero Martina la replicaba: Petronila mia, una vida como la que yo tengo, ¿te parece digna de ser conservada? ¿Qué puedo ya esperar, sino penas y disgustos? Pero me queda otra gracia que pedirte, y es, que guardes un silencio inviolable y eterno sobre este triste y funesto secreto. Si se llegara á traslucir, el autor de mis penas seria rigurosamente castigado. Tú comprendes cuál fuera su castigo, y cómo la mancha se estendiera hasta mis pobres hijos. Querida Petronila, dame la palabra de que no se lo dirás á nadie. Tú eres buena, tú me amas, y no permitirás que yo baje á la tumba con este desconsuelo.

Petronila desolada, y sin poder sosegar, despues de muchos esfuerzos la da palabra de que guardará el secreto. Martina se saca entónces un anillo del dedo, y se le da, diciéndola: guarda esta sortija en memoria de tu ama desdichada. Poco vale; pero es todo lo que te puedo dar. ¡Cuánto siento no poder corresponderte mejor! Traéme ahora á mis hijos, para que recojan mi último suspiro. Yo quisiera escusarles este espectáculo de dolor; pero no puedo negarme el consuelo de estrecharlos todavía en mis brazos

desfallecidos. Petronila va, y vuelve trayendo por la mano á los dos niños. La tierna madre les prodiga millares de besos, mezclados con gemidos y sollozos. ¡Hijos míos! les decía: ¡hijos queridos de mi corazón! de aquí á un instante ya no tendréis madre. Petronila, ten cuidado de llevártelos á tiempo, para que no vean mi deplorable fin. Déjalos sobre mi seno mientras me dura la razón; pero cuando veas que mis sentidos se turban, y que ya no puedo sentir, ni conocer, llevátelos contigo, y procura consolarlos.

Entonces juntando sus manos, y fijando sus ojos en el cielo, se pone como quien dirige una fervorosa oración, y como si aguardara el momento de verse en la presencia de Dios. La afligida criada, no sabiendo ya que decir á su ama, y pensando que esta iba á dar su postrer aliento, corre hacia la puerta para llamar gente, cuando Marcelo llega precipitado y despavorido. Echa los ojos por la pieza, y viendo un vaso de remedios sobre la mesa, va, le toma, y le arroja por tierra. Martina lo repara, y le dice; ¿eres tú Marcelo? La criada alborozada le dice: yo lo decía, señor: vos no podíais ser tan bárbaro. Pero Marcelo no la escuchaba, transportado y fuera de sí se habia echado entre los brazos de Martina, y la apretaba con los suyos, diciéndola: ¡Martina mía! ¡dulce esposa de quien me reconozco muy indigno! ¿Quizas habrás podido imaginar que yo fuera tan bárbaro que quisiera quitarte la vida? Pero no: mi iniquidad no ha llegado á tanto. Demasiado culpado soy por haberte quitado mi corazón; pero ya vengo á volvértelo, y ponerle á tus pies. Ya vas á verle destrozado de remordimientos, y lleno de dolor, de arrepentimiento y amor. Yo lo sé todo, todo, Martina mía; pero este atentado no era mío: era de ese monstruo... de esa infame, que habia turbado mi razón: esa muger abominable es la que ha intentado quitarte la vida.

Diciendo esto se anegaba en su llanto, y llenaba á su muger de caricias. Martina estaba absorta y sorprendida, y apenas podia entender lo que veia; pero sentia confusamente que todos aquellos movimientos le eran favorables, y su alma se iba abriendo poco á poco á las dulzuras del consuelo. Abrazaba á su marido, y parecia que su vida se aumentaba por instantes, Petronila se aprovecha de un momento para dar á Marcelo el papel de su ama. Marcelo le lee, se agita de nuevo, y volviendo á enlazarse con su esposa, la dice: sí, adorada Martina, yo soy un infame: yo he violado las leyes del honor, del amor y de la religión; pero ¿has podido pensar que fuera tan horrible, que me valiera de un veneno?... ¿Que yo pudiera ser tu asesino?... ¡O Dios! ¡Qué idea tienes de mí! No, yo no puedo soportarla, ¡cielo piadoso! Yo veo tu providencia: mi muger iba á ser víctima de su dolor, y me creia su homicida: tú no lo has permitido. ¡Ah! Cipriana malvada, no te librarás de mi venganza. ¡Miserable! tú verás á dónde van mis fuerzas.

Marcelo estaba tan fuera de sí, tan agitado, que no pudiendo sostenerse, fué menester que se sentara. Entonces toma á sus hijos en sus brazos y con voz alterada y dolorida les dice: ¡hijos míos! ¡mis tiernos hijos! vuestra madre iba á morir, creyendo que yo era el autor de su muerte. No, no, mi iniquidad no ha llegado á tanto. Dos malvados me han engañado, me han seducido, me han hecho cometer mil errores; pero no les bastaba mi infamia; tambien querian la muerte de vuestra madre; y diciendo esto, volvia á caer en el delirio del furor. Dejaba á los hijos para enlazarse con su madre, y se desenlazaba de esta para ir á abrazar á sus hijos. Cuando pudo sosegar un poco, les contó como la criada de Cipriana le habia descubierto este misterio de iniquidad, para que lo impidiese. En el

mismo momento llega la misma criada, que venia cuidadosa de saber si su aviso habia llegado á tiempo para estorbar el golpe, y les confesó, que al principio creyó que Marcelo estaba noticioso del proyecto, y que por eso no lo habia descubierto sino á Petronila; pero que habiendo sabido despues, que no, y que Cipriana y el Marques eran los únicos autores, se habia determinado á descubrirselo también á Marcelo, para que lo estorbase.

Esta misma criada les añadió: pero aun me falta deciros la causa de su proyecto. Mi ama ha sabido que vuestra esposa tiene un pariente muy rico en Indias... Es verdad, dijo Martina, yo se que tengo un pariente, aunque ha mucho tiempo que no tengo noticias. - Pues bien, este se ha muerto ó está para morirse, dejandoo por heredera de todo, y Cipriana queria sucederos, y casarse con Don Marcelo; por esto queria despacharos... ¡Ah! si esto fuera cierto, dijo Martina á su marido, la herencia vendria apropósito para reparar tus quebrantos, porque desde ahora te la cedo por entero: yo no quiero mas riquezas que la de poseer tu corazon, y conservarle. ¡O cielo! esclama Marcelo, ¡que generosidad! ¿Cuándo ó cómo podré agradecer tantos beneficios? Esposa mia, yo no las quiero tampoco mas que para tí y nuestros hijos, y para hacer que me perdones mis delitos; pero es menester castigar á los malvados.

Apénas pronuncia estas palabras, cuando toma su sombrero con ademan de salir: Martina quiere detenerle con sus gritos; pero él no oye, y corre presuroso á casa de Cipriana. Esta, que aguardaba con inquietud noticias de los efectos del veneno, viéndole venir tan despavorido y precipitado, se imagina que viene á informarle de la muerte de Martina, y se preparaba á afectar lágrimas y gemidos. Así le dice: ¿qué tienes Marcelo? ¿Qué vienes á decirme? ¿Estaria tu muger en peligro? Sí, infame, la responde, sí, monstruo de perfidia y horror, mi muger ha estado en peligro, y ha visto la muerte muy cerca; pero la providencia velaba sobre ella, y la ha librado de tus furias. Gracias á Dios, tu atroz delito ha sido inútil. Ya lo sé todo: ya conozco el corazon que abrigas en tu seno: tú te has burlado de mí: tú has engañado mi simple credulidad: tú querias devorar mi nueva fortuna, la herencia de América; pero otro premio te aguarda.

En esto ve que el Marques iba á entrar, y levantando la voz, añade: tú le partiras con este traidor, que tampoco se escapará de un infame suplicio. Desde aquí voy á denunciar á entrambos, y sabed que tengo pruebas y testigos. Los jueces decidirán lo que mereceis. Temblad, ¡miserables! Vos habeis abusado de un corazon bueno, fácil y crédulo; pero vosotros le habeis enseñado á endurecerse, y él os perseguirá sin compasion. Vosotros habeis sabido darme los golpes mas crueles; pero yo sabré vengarme. Los dos inicuos estaban confundidos. ¡Tan terrible es la verdad para los corazones que se sienten culpados! El Marques tartamudea algunas palabras, reclamando su amistad. -Infame, le responde, ¿esa palabra puede salirte de la boca! ¡Tú me hablas de amistad! ¡Tú que me has clavado un puñal en el pecho! ¡Tú que me has quitado mas que mi fortuna, corrompiendo mi virtud y mi honor! ¡Tú que eres verdugo de mi muger! ¡Tú que querias que muriese, acusándome de este horror! Yo destrozaria tu infame corazon con mil golpes de mi mano, sino quisiera dejar al verdugo el oprobio de mancharse con tu sangre. Yo te llamaré delante de los jueces, tú les contarás los servicios que me ha hecho tu amistad, y ellos sabrán darte el premio que mereces. Pero ¿en qué me detengo? Allá voy.

Cuando iba á salir, entra Martina apoyada sobre Petronila, y casi sin aliento, por el esfuerzo que habia hecho para venir. Estaba pálida y descolorida y parecia moribunda. No ostante detiene á su marido, y le dice: ¿adónde vas, Marcelo? Yo he sospechado tu intencion, y vengo á pedirte una prueba de la nueva amistad que me prometes. Marcelo no podia creer sus ojos, y entre sorprendido y disgustado la dice: ¿eres tú Martina? ¡Tú en esta casa! ¡Tú con estos monstruos, que han intentado quitarte la vida! ¿Qué es lo que quieres? -Yo no pido mas que una gracia, y la espero de mi marido. Yo sé todos los pesares que me han dado, y que me han hecho mas mal que privarme de la vida, pues me han privado de tu corazon; pero solo con ver, que á pesar de sus iniquidades le recobro, quedarán bastante castigados. Créeme, esposo; los delitos llevan consigo su más cruel castigo.

Cipriana y el Marques se echan á los pies de Martina. Nada es tan bajo y cobarde como un delito descubierto. La aseguran de su arrepentimiento, y la piden que calme el justo furor de su marido. Marcelo se muestra inexorable, y repite muchas veces, que quiere entregarlos al rigor de la justicia. Martina les responde: yo no creo mucho que esteis arrepentidos, y fuerais muy dichosos si pudierais sentir los remordimientos, que debe escitar vuestra conducta; pero sabed que no me engañais, y que si suplico á mi marido, es por mí sola. Yo me he prometido libraros de un castigo público, para ver si con el tiempo corregís vuestra vida abominable, y espero que Marcelo desempeñará mi promesa. Este no queria; pero las instancias y solicitudes de Martina fuéron tan vivas y tan repetidas, que al fin se vio obligado á ceder. Prometió, que por sí no daría la queja, pero que si se le preguntaba, no podría esconder la verdad.

Martina contenta con esto, le sacó de aquella casa abominable, y se le llevó consigo. Desde aquel momento pareció que empezaba á vivir nueva vida con nuevo corazon. Esta experiencia afirmó su virtud, y en adelante volvió á ser buen marido, padre escelente, buen ciudadano, y hombre de bien á todas luces. Todos los dias crecia tanto en el amor y la veneración de su esposa, como en el cuidado y la atencion, que daba á sus hijos y familia. Poco despues les llegó la noticia y los caudales de su herencia. Marcelo hizo un justo y bien entendido uso de sus riquezas, aprendió á conocer los infelices y los necesitados, y gozó de la inefable felicidad de enjugar sus lágrimas, y de darle alivios y consuelos con sus beneficios. Martina no fué ménos dichosa. Vió crecer á sus hijos en su seno, y en medio de los buenos ejemplos. La indigna Cipriana cayó en la mayor miseria, y murió en un hospital devorada de dolores y remordimientos. Dombal, no pudiendo sufrir el desprecio de la corte y del público, se vió forzado á espatriarse, y sus nuevos delitos le condujéron al suplicio; pero Marcelo y su muger gozaron de la felicidad que se permite á los mortales en la tierra. Viviéron muchos años, se amaron hasta el postrer suspiro, y murieron casi juntos, dejando una posteridad feliz y virtuosa.